



EL INFARTO DEL ALMA
DIAMELA ELTIT - PAZ ERRAZURIZ

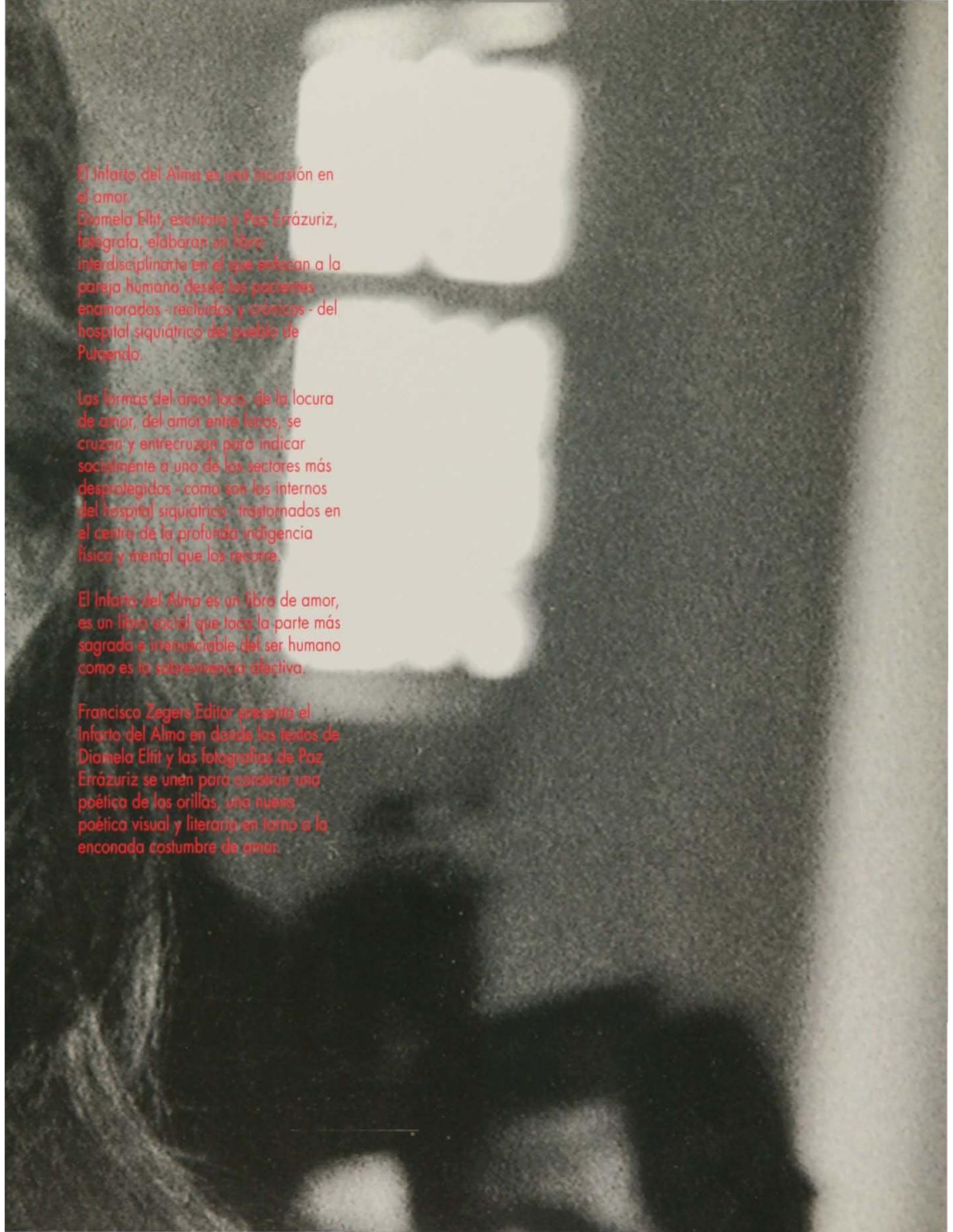
FRANCISCO ZEGERS EDITOR

306.7340983

E51

1999

c.1



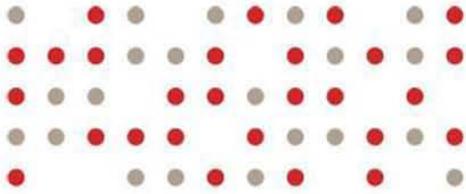
El Infarto del Alma es una incursión en el amor.

Diamela Eltit, escritora y Paz Errázuriz, fotógrafa, elaboran un libro interdisciplinario en el que enfocan a la pareja humana desde los pacientes enamorados - reclusos y crónicos - del hospital psiquiátrico del pueblo de Putoendo.

Las formas del amor loco, de la locura de amor, del amor entre locos, se cruzan y entrecruzan para indicar socialmente a uno de los sectores más desprotegidos - como son los internos del hospital psiquiátrico - trastornados en el centro de la profunda indigencia física y mental que los recorre.

El Infarto del Alma es un libro de amor, es un libro social que toca la parte más sagrada e inenunciable del ser humano como es la sobrevivencia afectiva.

Francisco Zegers Editor presenta el Infarto del Alma en donde los textos de Diamela Eltit y las fotografías de Paz Errázuriz se unen para construir una poética de las orillas, una nueva poética visual y literaria en torno a la enconada costumbre de amar.



CENTRO CULTURAL
PALACIO
LA MONEDA

**CENTRO DE
DOCUMENTACIÓN
ARTES VISUALES**

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial y/o total. Conforme a la Ley N°17.336 sobre Propiedad Intelectual en Chile.

EL INFARTO DEL ALMA

DIAMELA ELTIT - PAZ ERRAZURIZ

FRANCISCO ZEGERS EDITOR

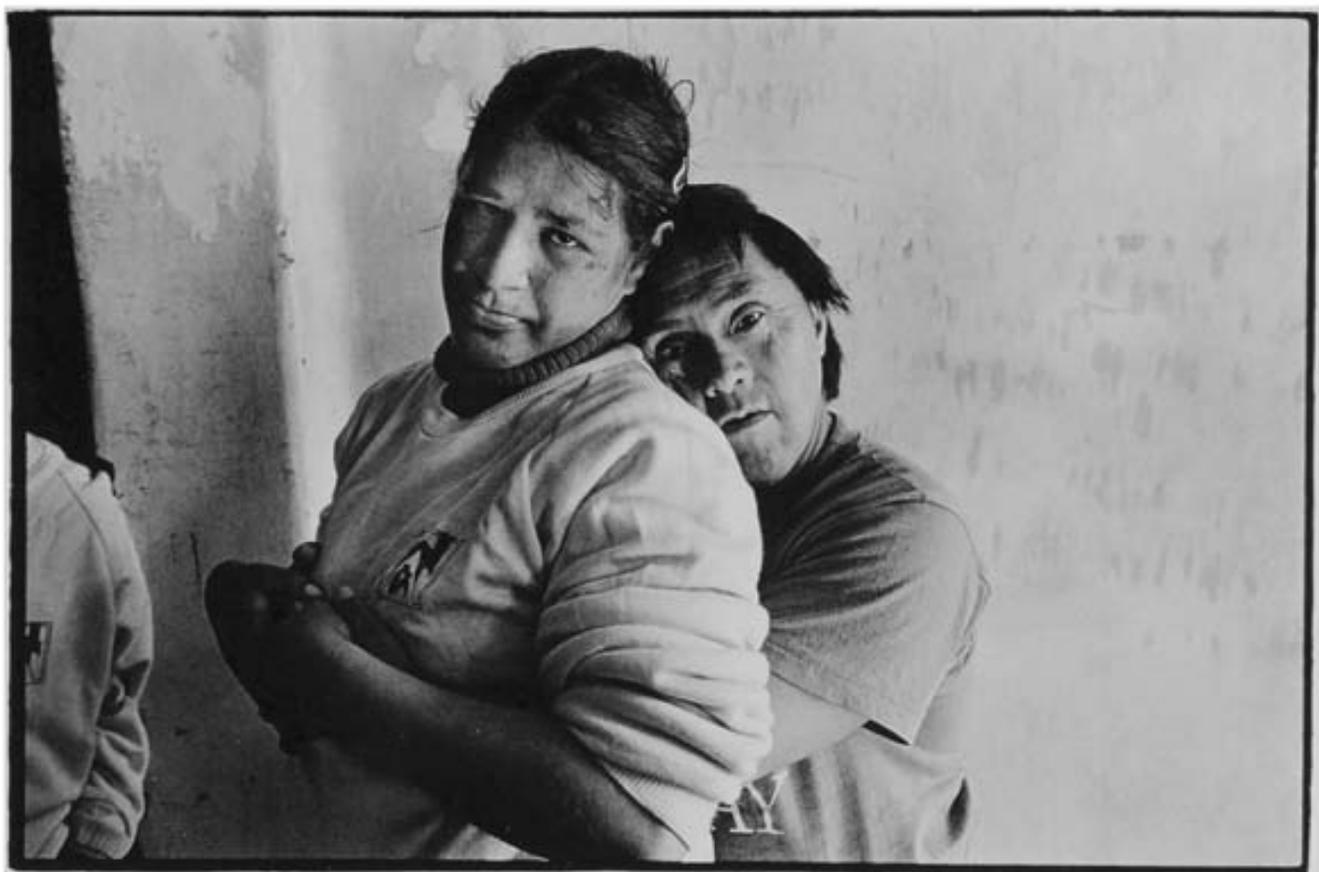
2ª EDICION



EL INFARTO DEL ALMA

Te escribo:

¿Has visto mi rostro en algunos de tus sueños?.



¿Aparezco en tus sueños serena o reprochándote por las abrumadoras faltas que contiene el pasado?. ¿Sufres al despertar o te entregas a la invasora inconciencia. Ah, tú y yo habitamos en una tierra difusa, con grietas tan profundas que impiden el encuentro. A quién podría decirle que el ángel se niega a llevarme sobre sus espaldas y me desprecia y me abandona en las peores encrucijadas que presentan los caminos. No hay sombra más devastadora, más poderosa que la que proyecta el vuelo de un ángel. Sé que necesito una espada para abrirme camino ahora que la tierra acaba de espesarse. Podría confesar, en este mismo instante, que cuando te ví lejano quise que la intransigente tierra te cegara. Imaginé una muerte digna de tu altura, llegué a pensar que mi propia mano se haría vengativa. ¿Con qué derecho hubiste de torcer el curso de mi mano?. Pero nada de eso permanece, hoy sólo espero que el ángel me lleve trepada por su espalda. Quiero que el ángel se curve por mi peso y sude y se maldiga por el abyecto trabajo de cargar mi humano cuerpo. El ángel siempre vocifera escudado en la impunidad que le otorga su pureza. No te imaginas lo que es vivir con la voz de un ángel que te impreca todo el tiempo y te dice que no serás, que no serás, que no serás amada. Que no serás amada te dice la inquisitiva voz del ángel y me confunde y no cumple con su tarea de elevarme. Mis padres confían plenamente, permiten que en la noche se extienda a mi costado y murmure las frases que me cortan los sueños. Mis padres me entregaron al ángel justo en el instante de mi nacimiento. Mi madre entonces se encontraba fatigada, mi padre estaba confundido, trémulo diría por los costos de una desfavorable transacción. El ángel quedó a cargo de encauzar mi palabra, mi oído, mi deseo. El ángel aúlla que su misión ha sido catastrófica. Fuma largas briznas de tabaco y duerme y se despierta y fuma la interminable brizna de tabaco. Dice a todas horas con una voz monótona que tú no me has, que tú no me has, que tú no me has amado. Que tú no me has amado dice el monótono ángel y la voz de mi madre y la voz de mi padre susurran al unísono que están avergonzados. Por mi culpa el ángel envejece descaradamente. Mi padre sostiene a mi madre sobre sus espaldas y parece cansado. Habremos de entregarnos a un sueño profundo. Ah, el deber de ser virtuosa. Oh, Dios, pero qué hacer con esta extensa corrupción.



DIARIO DE VIAJE

(Viernes 7 de Agosto de 1992)

Días antes he visto las fotografías.

Ahora viajamos con Paz Errázuriz en dirección al hospital psiquiátrico del pueblo de Putaendo, un hospital construido en los años cuarenta para asistir a enfermos de tuberculosis y que, luego de la masificación de la vacuna preventiva, es convertido en manicomio recibiendo pacientes de los distintos centros psiquiátricos del país. Enfermos residuales, en su mayoría indigentes, algunos de ellos sin identificación civil, catalogados como N.N. Mientras viajamos, el paisaje se vuelve francamente cordillerano, la luz lo atraviesa todo cuando aparece



el imponente edificio recortado contra la cadena de cerros. A dos horas de Santiago la construcción me parece demasiado urbana, como si un pedazo de ciudad se hubiera fugado -a la manera de una fuga sicótica- para formar de manera solitaria una escena sorprendente.

La reja, la caseta de control, después los jardines, más atrás el edificio. Cuando atravesamos la reja veo a los asilados. No me resultan inesperados sus cuerpos ni sus rostros (no me resultan inesperados pues ya dije que días antes he visto las fotografías), sólo me desconcierta la alegría que los recorre cuando gritan: «Tía Paz». «Llegó la tía Paz». Una y otra vez como si ellos mismos no lo pudieran creer y más la besan y más la abrazan y a mí también me besan y me abrazan hombres y mujeres ante los cuales debo disimular la profunda conmoción que me provoca la precariedad de sus destinos. No sus rostros ni sus cuerpos, me refiero a nuestro común y diferido destino.

¿Qué sería describir con palabras la visualidad muda de esas figuras deformadas por los fármacos, sus difíciles manías corporales, el brillo ávido de esos ojos que nos miran, nos traspasan y dejan entrever unas pupilas cuyo horizonte está bifurcado?. ¿De qué vale insistir en que sus cuerpos transportan tantas señales sociales que cojean, se tuercen, se van peligrosamente para un lado, mientras deambulan regocijados al lado de Paz Errázuriz, ahora su parienta?

La tía que les toma fotografías que prueban, aún frente a ellos mismos, que están vivos, que después de todo conservan un pedacito de ser, aunque habiten como enfermos crónicos en el hospital más legendario de Chile, el manicomio del pueblo de Putaendo, ahora llamado Philippe Pinel. Leo ese nombre escrito en el frontis del edificio. Estamos rodeadas de locos en un desfile que podría resultar cómico, pero, claro, es inexcusablemente dramático, es dramático de veras más allá de las risas, de los abrazos, de los besos, pese a que una mujer me tome por la cintura, ponga su boca en mi oído y me diga por primera vez: «Mamita». Ahora yo también formo parte de la familia; madre de locos.

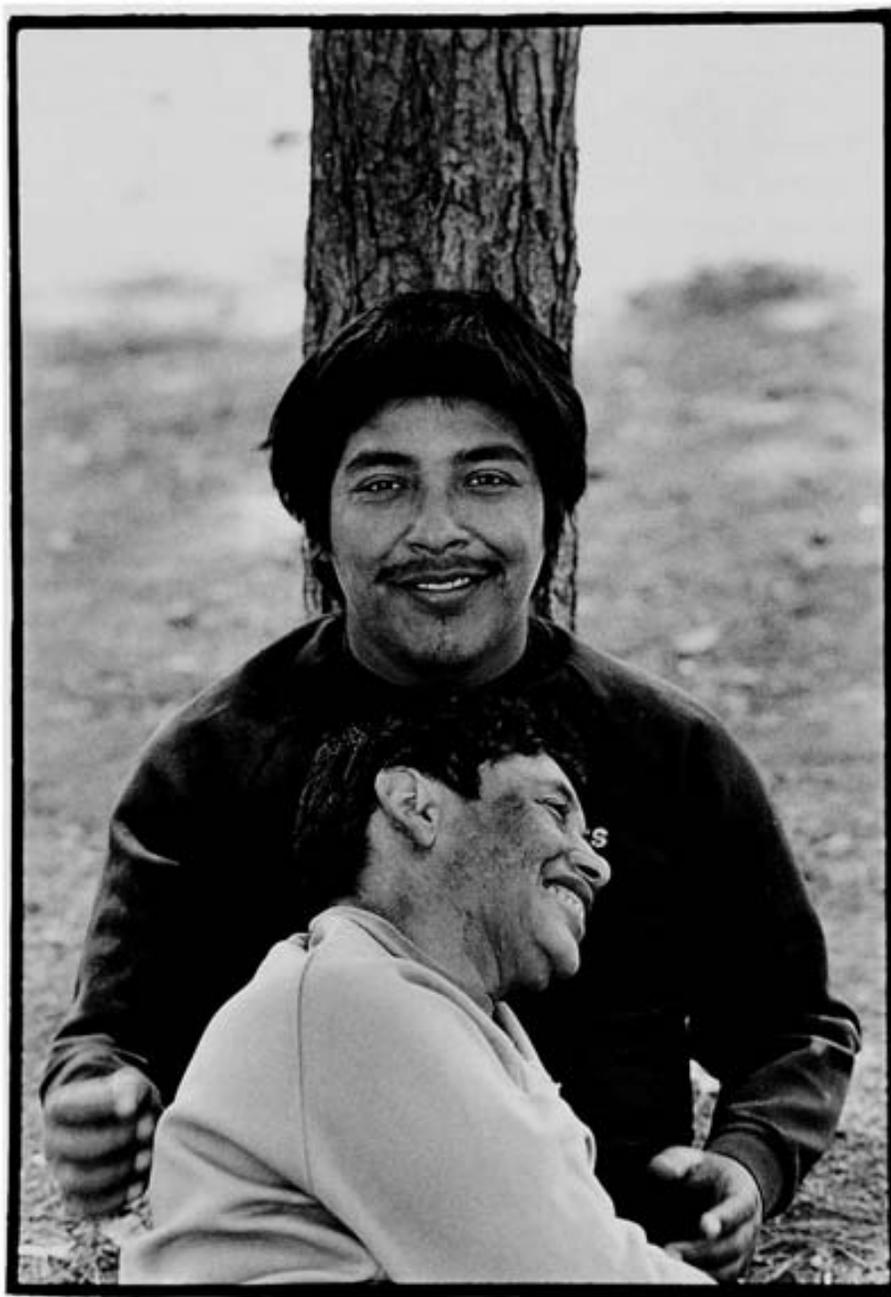
De esa manera entramos al edificio, abiertas a la profundidad de nuestra propia insania, cercadas por los cuerpos materiales que me parecen cada vez más definitivos, incluyendo toda la notoria desviación de sus figuras. Cuando cruzamos la puerta, experimento un nuevo impacto: escucho algo parecido a un canto que se



extiende y cruza todo el pabellón, una música ejecutada con el movimiento febril y continuo de la lengua que me hace evocar los sonidos de los Berebere, los nómades del desierto, de un desierto que no conozco, de un sonido que retengo de manera vaga desde quizás qué film, desde no sé cuál olvidada grabación. Recuerdo la música del desierto impresionada por la potencia de la garganta que me conduce hasta la primera escalera, que me enfrenta al primer corredor del hospital, a la primera ventana, que me transporta directamente a la primera señal del encierro.

Paz Errázuriz conoce bien los pabellones, digo el pabellón gris, el verde. No, no sé, no retengo los colores que nombran las secciones. Es necesario notificar a las autoridades de nuestra presencia. Vamos hacia las oficinas, entramos a la zona de administración. El siquiatra nos recibe y habla de unos quinientos pacientes (¿dijo, en realidad, quinientos?). Paz Errázuriz ha estado allí tantas veces que no se hace necesario recurrir a mayores formalidades, tenemos libre tránsito por las diversas dependencias. Pero, junto con realizar el protocolo de los permisos, el Subdirector nos da una noticia curiosa; ese mismo exacto día el hospital cumple un año más de existencia. Me explico los globos de colores en los pasillos, entiendo la compostura en la indumentaria del médico y, junto con comprender que estamos al borde de una celebración, me confunde la noticia. El personal del hospital, las autoridades de la zona, algunos vecinos connotados del pueblo se reunirán al mediodía para dar inicio a los festejos. El médico nos invita a la fiesta. Pero nosotras ¿qué habremos de festejar?. A medio camino, Paz Errázuriz y yo estamos ubicadas en el límite, nos enfrentamos a la disyuntiva de tener que cruzar continuamente las fronteras. Habremos de asumir la encrucijada de estar repartidas entre el personal y los pacientes y tocadas por una súbita y semejante resignación nos apresuramos a decir que sí, que sí, mientras abandonamos las oficinas. Sé que en algunas ocasiones resulta difícil entender cabalmente la diferencia que media entre el azar y la predestinación.

Cuando salgo de la oficina el mundo me parece partido en dos. Como si todo el mundo estuviera dividido en dos bloques, el personal y los pacientes. Un mundo quebrado que sólo permaneciera conectado por la luz que se filtra en las ventanas. Los asilados toman sol. Iniciamos nuestra peregrinación que no es más que un

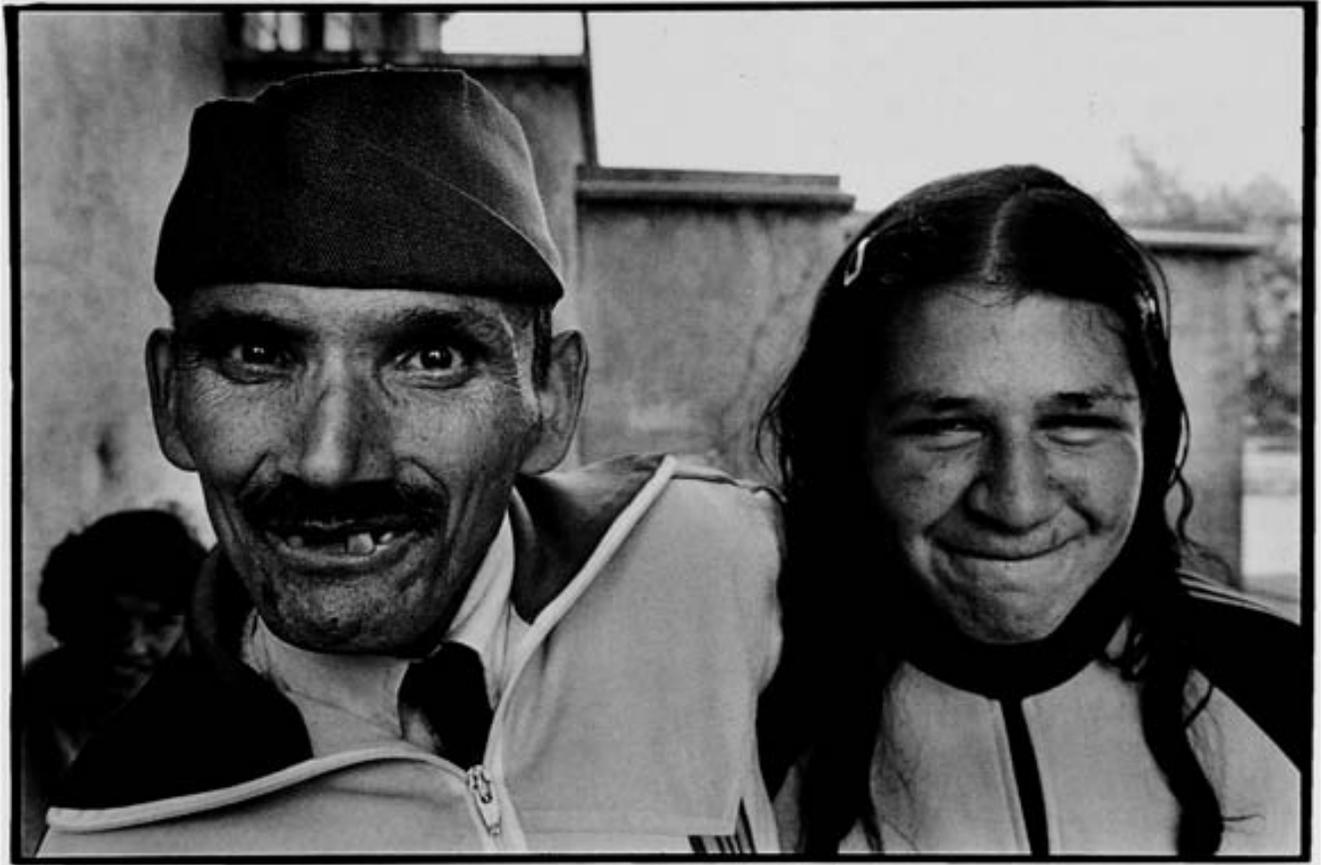


subir y bajar escaleras, subir y bajar, cercadas por los pasillos, por las camas ya clásicas de los hospitales estatales, por los pacientes que nos siguen besando y besando y entre los besos reiterados aparece en mí el signo del amor. Después de todo he viajado para vivir mi propia historia de amor. Estoy en el manicomio por mi amor a la palabra, por la pasión que me sigue provocando la palabra.

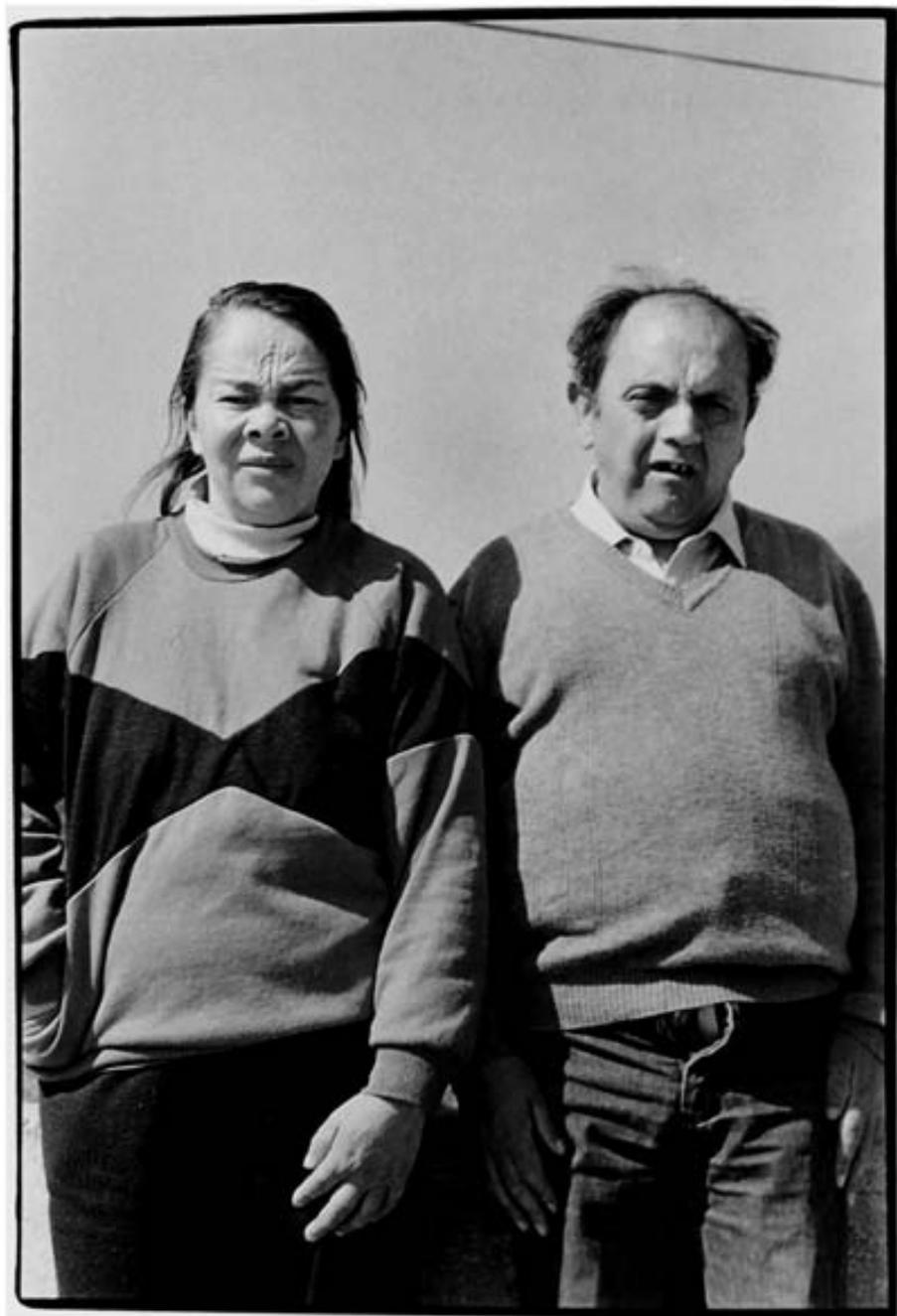
Y cuando ya no cabe indagar en el desprestigio de esos cuerpos, cuando sé que jamás podría dar cuenta del mínimo en el que se puede cursar una vida humana, cuando estoy cierta que apenas poseo unas palabras insuficientes, aparece la primera pareja de enamorados. Paz Errázuriz nos presenta. Yo he caminado todo el tiempo transportando el peso de una mujer que me abraza por la cintura, una mujer que cuando me detengo pone su cabeza en mi hombro o frota su cabeza contra mi cuello y me dice en su media lengua: «Mamita», «mamita», a mí como si yo hubiera criado a una hija consentida. Esta hija mía apenas habla. Me demanda a través de un lenguaje mímico que cumpla con sus necesidades. Quiere mis zapatos, mi reloj, mi cartera, quiere casi todo lo que tengo. Miro a mi hija, ¿qué edad tiene?, pienso que cincuenta años, no, que sesenta, no, que cuarenta. ¿Por qué me preocupo de ese detalle?. Saludo a la primera pareja. Pienso seriamente en el amor. La verdad es que no quiero pensar en eso.

Más adelante, de pasillo en pasillo, de escalón en escalón, en medio de los patios, saludo a la segunda, a la tercera, a la décima pareja. Hay tantos enamorados que ya pierdo la cuenta. «El me da té y pan con mantequilla». «La cuido yo». Se alimentan, se cuidan. Se alimentan un poquito y se cuidan como pueden y a la manera radiográfica veo la gran metáfora que confirma a toda pareja; la vida entera anexada a un otro por una taza de té y un pan con mantequilla. Ellos están viviendo una extraordinaria historia de amor encerrados en el hospital; crónicos, indigentes, ladeados, cojos, mutilados, con la mirada fija, caminado por las dependencias con todos sus bultos a cuestas. Chilenos, olvidados de la mano de Dios, entregados a la caridad rígida del Estado.

Sentado en una banca del pasillo, uno de los enamorados se abre la camisa, se baja parte del cierre del pantalón y nos muestra la venda que le protege una operación reciente. Está absorto en su vendaje: «Ulceras», dice. Y sigue mirando la venda y luego



señala su estómago con el orgullo de un herido de guerra. Su pareja se ríe como si estuviera contenta de que su hombre tenga algo que mostrar. Pero ella misma (¿envidiosa?, ¿celosa?, ¿nostálgica?, ¿acusadora?), muestra de inmediato su propia cicatriz. Le baja una cicatriz a la altura del ombligo. Comprendo en ese instante que observo la marca histórica y obligatoria que se oculta en el cuerpo de algunas mujeres dementes, de esas mujeres que perdieron todas las batallas familiares. Cuando nos muestra su cicatriz, lo que en realidad enseña es la huella de su esterilidad, de la operación antigua y sin consulta que le cercenó para siempre su capacidad reproductiva. Por causa de su locura, sus hijos sólo transitan ahora por su mente cuando porfiada, llevando la contra a su propia anatomía, afirma que recientemente ha estado embarazada: «Gorda», dice, «de dos, de ocho meses». Lo dice con el pantalón abierto y con la mirada absorta, mientras su pareja también con el pantalón abierto se acaricia suavemente la venda. Perdidos en distintas ensoñaciones, consumidos en un diverso delirio, se quedan sentados en el banco, aferrados a una inexplicable cercanía, conectados estrechamente por el paso de un cuchillo en el estómago que los hace el uno para el otro, sólo el uno para el otro, pues uno y otro ya sea por la operación o por el encierro definitivo, enfrentan el fin de su especie genética. Qué digo, debo decirlo, decir que me oprime esa operación, que me hiere. Pero, claro, se trata de un amor total, único, un amor loco. Breton inunda mi memoria y me olvido de mis propios pensamientos. Las parejas se me confunden. Hay gran cantidad de enamorados. ¿Hay enamorados?. Margarita con Antonio, Claudia con Bartolomé, Sonia con Pedro, Isabel y Ricardo y así y así y así. ¿Cuál es el lenguaje de este amor?, me pregunto cuando los observo, pues ni palabras completas tienen, sólo poseen acaso el extravío de una sílaba terriblemente fracturada. Entonces, ¿en qué acuerdo?, ¿desde cuál instante?, ¿qué estética amorosa los moviliza?. Veo ante mí la materia de la desigualdad cuando ellos rompen con los modelos establecidos, presencio la belleza aliada a la fealdad, la vejez anexada a la juventud, la relación paradójica del cojo con la tuerta, de la letrada con el iletrado. Y ahí, en esa descompostura, encuentro el centro del amor. Comprendo ejemplarmente que el objeto amado es siempre un invento, la máxima desprogramación de lo real y, en ese mismo instante, debo aceptar que



los enamorados poseen otra visión, una visión misteriosa y subjetiva. Después de todo los seres humanos se enamoran como locos. Como locos.

«Antenoche y anoche y esta mañana... Antenoche y anoche y esta mañana...» canta una de las asiladas por los pasillos del corredor de una de las secciones. Canta una tonada, una tonada que me parece simétrica a su cuerpo que se dilata, que se tuerce por una parálisis lateral, un cuerpo parcialmente impedido pero no por eso menos afectuoso. Canta con una voz sentimental que me sobrecoge. Sobrecogida por su canto, saludo a la última pareja de la mañana. No se acuerdan cuánto tiempo están juntos: «Mucho...mucho», dicen. No saben ver la hora, no saben leer, no saben cuántos años están internados en el hospital, no saben nada de sus familiares. Pero él le da té y pan con mantequilla. Ella lo cuida.

Entramos a la sala donde se celebra el aniversario. Observo las largas mesas alumbradas con velas. A un costado el escenario para la orquesta. Las autoridades locales y los médicos en el centro del recinto y, sentados en las orillas, los diversos funcionarios administrativos. Las enfermeras y los enfermeros sirven la comida. Resulta inevitable que mi cabeza se llene de pensamientos. Con Paz Errázuriz ni siquiera hablamos de la situación. Sentadas una al lado de la otra, percibo que estamos traspasadas por sensaciones semejantes. Unas sensaciones tan evidentes que ni vale la pena discutir las. Ahora estamos almorzando en el hospital, participando en una fiesta que no nos pertenece. Convidadas de piedra.

Los funcionarios y las autoridades no terminan de alegrarse, hay algo terriblemente esquivo en esa celebración, como si la fracción de un segundo se hubiera descompaginado al interior de un reloj de cuerda. No se hablan ni se miran. Comen en medio de un silencio que puede ser interpretado de diversas maneras. Atrás, un grupo de funcionarios jóvenes intentan inútilmente cambiar el tono de la reunión, ensayan gritos, ensayan distintas bromas. Pero es en vano, no consiguen ni siquiera una sonrisa del sector en el que estamos sentadas. Quizás más tarde, cuando se instalen los músicos, cuando nosotras, las advenedizas de la fiesta, ya estemos de nuevo subiendo y bajando escaleras o sentadas brevemente en los patios, esas caras, la faz de todo el personal se acerque en el baile, se alegren un poquito y se rían como compañeros, como empleados públicos que celebran



el aniversario de sus labores y olviden, a lo largo de esas horas, que representan al Estado para atender a esos pacientes crónicos que no tienen ya ninguna salida. Esos numerosos pacientes que llegaron hasta el recinto rural desde no se sabe ya cuál increíble lejana entrada. Quizás sea así o tal vez esa fiesta no tenga tampoco el menor destino. Paz Errázuriz y yo nos levantamos prematuramente de la mesa. Cuando abandonamos la sala, la luz nos abre a una nueva dimensión. Sin la menor discordia, me satisface dejar atrás a ese cuadro humano que ha escogido representar una de las funciones más complejas como es la de guardianes del encierro siquiátrico. Ellos son los celadores de ese misterioso desorden simbólico que toda la esplendorosa ciencia médica aún no logra descifrar. Salimos a la luz y allí nos esperan, sí, Pedro con Margarita, María con Ismael, Rosario con Juan, Carmen con Fernando... Nos esperan y lo que realmente esperan es el lente de Paz Errázuriz para que los capture en sus únicos momentos sagrados.

Estamos en el patio. No es un patio. Es una gran extensión de terreno que en su frente presenta cuidados jardines. Atrás, alcanzo a divisar una plantación de naranjales. Tengo en mi bolsillo dos naranjas regaladas por Juana, por Aníbal. Un obsequio que me ha sido entregado por los seres más desprovistos de la tierra. Me han regalado dos naranjas desgajadas de un impresionante código de honor que intenta por todos los medios evitar la última humillación corporal; erradicar el hambre. Al menos erradicar el hambre en el interior de ese extenso territorio mental y físico signado por tantas incontables privaciones.

La tarde presenta un avance pacífico. Seguimos divagando en el patio, sentadas al borde de una pequeña zanja. Permanezco junto a dos mujeres que se estrechan, una a mi brazo y la otra a mi pierna derecha. Observo que Paz Errázuriz también tiene a sus hijas fieles. No hablamos. Simplemente estamos sentadas recibiendo el sol del invierno entre el murmullo de los pacientes que nos rodean. Las mujeres que se han apoderado de mi lado derecho exigen cada cierto tiempo que las mire y cuando lo hago, me entregan toda una plena y gloriosa sonrisa, mientras el «mamita» se me vuelve cada vez más cotidiano, cada vez más natural y digo que sí, que claro, que se porten bien, que no tengo cigarrillos, que está calientito el sol de la tarde. Se lo digo a la anciana

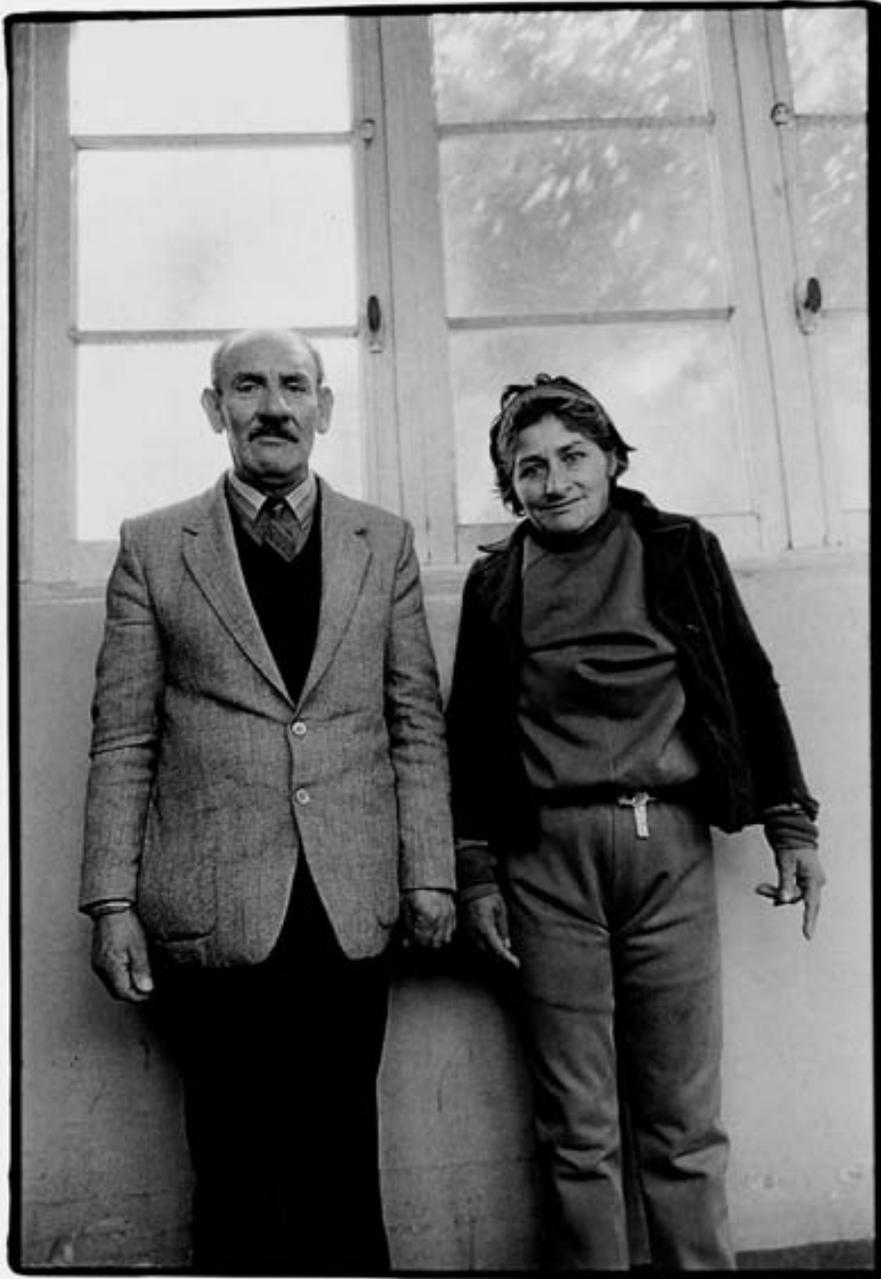


que se abraza a mi pierna y que tiene una carita redonda, así, como un dibujo de luna llena. Ricardo se mira con Isabel, se toman de la mano, ella se enoja, lo empuja, él me pide que le preste mis anteojos, se los pone. Isabel ahora se ríe y lo observa, mientras Ricardo, muy concentrado, levanta su rostro hasta el cielo y se queda ensimismado, solitario, como si fuera un navegante nocturno que estuviera contando las estrellas.

Tenemos que volver a Santiago. Empieza a caer la luz que nos ha acompañado todo ese día. Paz Errázuriz es la que hace el rito de la despedida. Toma su cámara y veo en ella estallar el amor a sus imágenes. Soy la testigo de una sesión fotográfica conmovedora cuando Paz, con extrema delicadeza, va de grupo en grupo, responde a las más diversas solicitudes, permite el flujo de las múltiples inesperadas poses, como si hubiera sido contratada para una boda en la cual todos los invitados fueran los padrinos o los novios, o el niño protagonista de un bautizo popular. Paz Errázuriz convierte a su ojo en un don para los asilados. Les regala en su mirada fotográfica, la certeza de sus imágenes. Cuando captura sus poses, les confirma la relevancia de sus figuras, cuando les sonrío, reconoce en ellos lo divinizado de sus conductas corporales. Cuando se inclina buscando el ángulo, les dedica todo su profesionalismo.

Pero tenemos que volver a Santiago. Será un viaje silencioso. Casi no cruzaremos palabra. El paisaje que tanto me había impresionado en las tempranas horas de esa mañana pasará en vano al atardecer. Pensaré en el amor. No pensaré en el amor, lo que me ocupará será ese amor que fluye, se dispara, se dispersa al interior del baldío de un hospital público. Recordaré que hace un año, cuando conversábamos en México, Paz Errázuriz me habló de ya largo trabajo, me dijo que hacía retratos de los pacientes enamorados del hospital del pueblo de Putaendo. Sentiré que hace todo un año que las palabras dan vueltas por mi cabeza y, sin embargo, cuando emprenda el viaje de retorno iré silenciosa, vacía.

Volveré a la ciudad atrapada en el manicomio de mi propia mente y después caminaré mucho tiempo de un lado para otro, subiendo y bajando escaleras, tambaleando entre pasillos, atravesando patios, cargando a esos cuerpos en un pedazo de mi cerebro. Iré de un lado para otro llevando a esos cuerpos con la desdicha y con la fuerza de un alma en pena.



LA FALTA

Ah, ya van 3 días, 100 noches en la
más angustiosa de las privaciones.
Tantos días, respectivas noches con
hambre.



EL INFARTO DEL ALMA

Te escribo:

Nunca hube de encontrar una sola palabra que te retuviera. Mi espalda es la que me infama todo el tiempo. Mi mano me obedeció con brusquedad, mis ojos se nublaron con sólo contemplarte. El barrio se hizo tosco cuando recibió tus pasos. Una pálida vidente me dijo que el abandono regía el simulacro de mis días.



La vidente atravesó la calle arrastrando un ruidoso sonajero de plata. Desprecié sus augurios pues nunca he estado más acompañada desde que habito tu imagen. Camino como si no caminara, vivo como si la vida no me perteneciera. La vidente actuó con la mala fe de tus adoradoras pues quiso convencerme de que la imagen que tengo es la prueba de mi antagonismo a la realidad que te nombra. Me han culpado de cometer siniestros desmanes. Me acusan de intentar detener el curso de tu gloria. Me dicen que me abrumo en la ceguera de un amor que augura la catástrofe. Tus parientes son los responsables de todas las murmuraciones. La vidente era, quizás, tu madre o tu esposa o tu sometida sierva. La vidente me interceptó en plena calle y pretendió dirigir mis ojos hacia un mundo que odio. El único mundo posible es aquel que comparto contigo. Mi piel pierde su sentido si no la califica tu mano. ¿Qué podría hacer en una casa vacía?. Cuando tú te negaste a formar parte de mi vista, el instante en que te perdiste entre la perniciosa bruma, cuando dejaste de lado las constantes promesas, algo se trizó en el compacto universo. ¿Acaso eras tú la vidente que me habló en una esquina?. ¿Cuál fue el instante que escogiste para traicionarme?. Ah, la traición. La noticia me llegó en una tarde pacífica. Mi anillo cayó al piso dejándome un dedo sangrante. La herida que me provocó el anillo caído fue menor que la carga de la burla. La traición se hace cósmica por el sarcasmo y la cólera. Ahora me asaltan tu sarcasmo y tu cólera. Quizás no estés ya en ninguna parte. Pienso que desapareciste en el confín del mundo, ensimismado en tu costumbre por aborrecer. Desde que se inició la última estación, la noche se encuclilla y el día se curva. Sé que un artesano malévolo pretende cambiar la exactitud que mueve a la naturaleza. Quizás en qué punto del sol se ha producido este espantoso contubernio. Estoy con mi dedo desnudo conteniendo una gota de sangre. Me he entregado totalmente a la alquimia esperando materializar tu forma. Después de hablar contigo, encuclillada toda la noche, estoy segura de que respiro más lento. Si respiro más lento es que conseguí que compartieras mi hálito. La vidente se pasea por el barrio arrastrando con furia su sonajero de plata. En la curva de una súbita esquina la enfrentaré para pedirle que cambie sus presagios. Me ha tocado la luz de la sabiduría. Ahora mismo termino de incrustar una estrella a lo largo de todo mi tobillo.



EL OTRO, MI OTRO

El sujeto parece prisionero de lo que es una repetición cuando busca en su tránsito al otro, que se aparece o desaparece ante su vista bajo distintas formas, a lo largo de lo que será toda su vida. El otro, continente de su múltiple paradójica sentimentalidad y de la modalidad de su sobrevivencia, se va a expresar también en la diversidad de sentimientos y búsquedas que posee el sujeto, sea el deseo, sea el poder, sea Dios.

En todas las distintas expresiones apasionadas yace el otro, que a la vez que lo conforta lo amenaza, cuando pone en peligro la estabilidad de su frágil unidad que, sin embargo, requiere tercamente traspasar su propio umbral para perderse en la disolución de su poder, de su propia imagen, de su miedo. A la manera de una carrera incesante marcada por la desigualdad, los afectos caen sobre la otra figura en la que se depositan los signos simbólicos y materiales de un anhelo cuyas fronteras presentan límites difusos.

Ahí está la madre. Acecha encogida en el contraluz de su propio vientre dilatado. Ahí está la madre, con sus dientes afilados de amor, preparándose para hacer -a costa de sus prolijas dentelladas- a un ser que cumpla con su imagen y semejanza, que no será su imagen y semejanza sino el deseo abstracto de sí. A dentelladas, la madre intenta reparar su parte ominosa que la devela, que la revela como un fracaso ante ella misma. Pero la madre no deja de afirmar, en esas horas, que sólo permitirá que en su interior se reproduzca y se condense la perfección que la va a reivindicar. Ella piensa en su vientre y ve cómo se expande y cómo crece y cómo asciende y promete que sus sufrimientos le serán recompensados. La madre está en un violento y solitario estado de expansión corporal.

El otro se levanta como fantasía de un deseo siamés en el que lo idéntico se completa con el requisito de lo

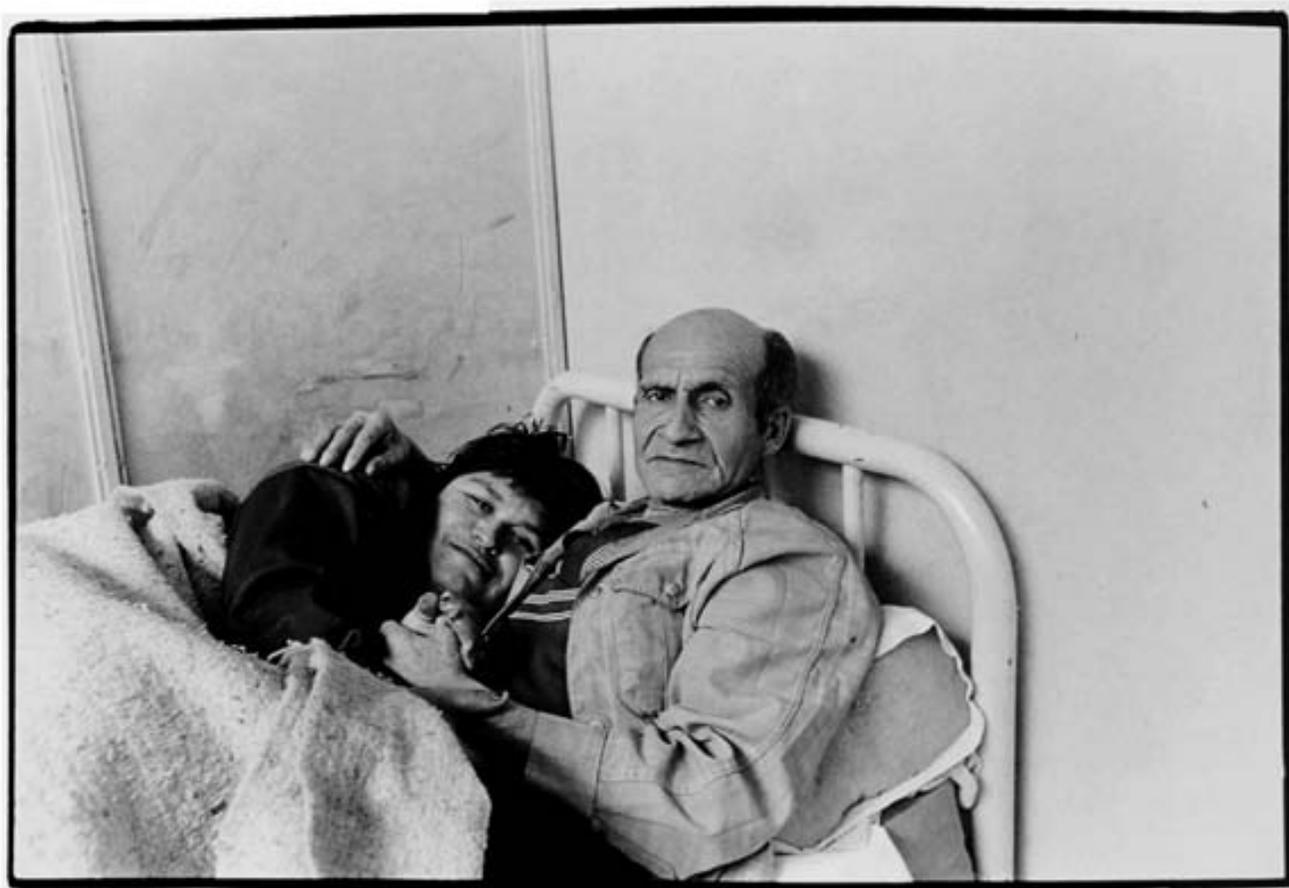


inseparable para derrumbar quizás qué certeza, quizás cuál incertidumbre, qué intento por detener el instante inevitable de la muerte. Deseo siamés dictaminado por la naturaleza sexual y modelado por la oferta cultural. Pero el sujeto, enclavado en su unidad, se golpea ante los escollos que le presenta ese otro y ciego retrocede para establecer el camino de una nueva búsqueda de la cual ya conoce vagamente su destino.

Perseguidor de una alienación, protagonista de su propia guerra sentimental, el sujeto se debate entre la razón y la sinrazón de su internalizada demanda. Pero él mismo que es otro, será también otro para el otro. Sometido pues a una divergencia, hipotecado en su particular bifurcación, su gran trabajo amoroso es, especialmente, mantener la sobrevivencia de su deseo de amor cuando se enfrenta a los golpes lentos, cansados y precisos que le provoca la temible diferencia. Porque es la diferencia su enemiga, la diferencia es la victimaria pues termina por resquebrajar el ilusionismo del simbólico cuerpo siamés. Cuerpo monstruoso y mítico. Condena y éxtasis.

La madre no es la madre. Es su madre. Es su madre, su padre y su abuela. La madre está más atrás que su padre y que su abuela. Más atrás que la abuela de su abuela. Retrocede vertiginosamente. La madre es sólo una concurrida cadena de convenciones que aparecen vociferantes entregándole tantas órdenes contradictorias. La madre es apenas un compuesto de innumerables signos culturales que hablan del viaje, de los viajes por las distintos tiempos del cuerpo materno vulnerado ante los miedos, los desmanes, todos los sueños perturbados de su estridente conjunto genealógico. Un cuerpo estrellado contra el vociferante eco de las transformaciones bruscas de la historia. Pero la madre se aterra ante la sorpresa que le brinda su propio cuerpo en expansión, cuando logra vislumbrar una operación biológica que jamás aceptará. Porque la madre se niega a reconocer que es ella la habitada. No puede reconocer que es ocupada pues espera renacer, volver a nacer para desplomar las voces antagónicas. La madre sólo se complace cuando siente que se ha preñado de Sí Misma.

La primera ocupación física es poblar a otro cuerpo. Y poblar significa entrar en un estado agudo de



posesión. Y si el sujeto proviene de una encarnación, de un agudo procedimiento corporal que lo implanta en la vida, se podría decir, quizás, que su principio (su primer estado de gracia) es algo parecido a un siamés escondido. Pero un siamés sumergido en un tiempo sin memoria, sin destellos, con la razón ausente del vínculo que lo homologa a lo inseparable.

El sujeto se conforma desde la desmemoria de su habitación en el interior de un cuerpo que ha debido enloquecer somáticamente para conseguir ampliar el trazado de sus fronteras. Proviene del olvido de una antigua pasión corporal. El olvido de un antiguo habitar donde se ha necesitado la ejecución de una toma de terreno y el deber de ser erradicado. La amplitud de la constitución somática de la mujer porta el deseo posible de un paraíso, en el cual la unidad es omitida por la sinrazón de un mítico cuerpo compartido que será cómplice en sus flujos, en medio de un estado oscuro, entregado sólo al esplendente juego de perfilar y, a la vez, de intercambiar los límites.

El sujeto sólo surge como tal en la ruptura, con la separación del otro cuerpo que es su primigenio. Y es esa separación lo que lo nombra. El afuera del otro -la nítida salida de sus límites interiores y exteriores- es lo que lo confirma. Sólo la separación organizada por el ciclo que ordena la naturaleza del cuerpo, posibilita el proceso social del nombre y desde el nombre, la aventura del ser, para así romper la confusión de los cuerpos, de los fluidos. Para marcar los inicios y los contornos de lo que es un sujeto.

La madre sufre. Su sufrimiento la cubre totalmente. La vida se le va por causa de las embatidas de su vientre. Empieza a comprender que es ella la víctima de unas dentelladas que no le pertenecen. No hay relato posible en el cual expresar este dolor que le parece inacabable. Está atravesada por algunos siniestros pensamientos mientras las convulsiones de su vientre la terminan. Ha perdido todo control sobre su cuerpo. Recién se entera que algo o alguien le propina el peor castigo de su historia. Ve cómo se destruyen sus antiguos deseos de expansión y pierde su antigua omnipotencia. La madre tiene la extraña sensación de no existir o de existir a medias y abriéndose paso entre su contradictorio pensamiento, se entera, por fin, que sólo ha prestado su cuerpo a otro cuerpo. Es



otro el cuerpo que la hiere. Es otro el cuerpo. Es otro. Otro.

El amor al otro. El amor y sus complejos procesos de inversiones y decepciones acuñadas bajo la forma del odio, de la necesidad, de la indiferencia, del dominio, del olvido. La madre como primer cuerpo, el padre como primera ley. Y desde allí las diversas jerarquías, las múltiples sentimentalidades palpitantes, apenas contenidas por el horizonte de la razón. Y entre la razón, la búsqueda de la ruptura de la ley, del conjunto de leyes que reprimen y niegan la modalidad siamesa pues su resultado es siempre monstruoso, intolerable para la razón social. Habrá un otro aguardando en el camino para emboscar al sujeto y llevarlo al dominio de su territorio, cautivado por la fuerza de la pasión. El otro, poderoso o debilitado, abrirá o cerrará para él sus vasos comunicantes, será su siamés o su superior. Su siamés, su enamorado.

El otro, en el momento del amor, actuando la simbología de un sólo cuerpo, de una misma mente, abierto a la circulación e intercambio de su primitiva energía. Una pasión que es especialmente posesión - a la manera de los posesos, de los alienados- y robo. Expropiar al otro de sí. O al revés, donarse como cuerpo y como mente para el otro. Indagar, transitar entre la tiranía y la esclavitud. Jugar la apuesta mística de ocupar todos los lugares, de derrumbar todos los lugares. Abrirse al asombro imposible de la infinitud del deseo recortado contra la dolorosa finitud del cuerpo. El otro, espejo insólito de un mundo siamés, protagonista de un circo bacanal. Madre loca.

¿Cuál es el otro en el hospital psiquiátrico del pueblo de Putaendo?, ¿será acaso el manicomio rural sólo el lugar que recoge el suceso de una malformación siamesa inoperable, inseparable?.

La forma de la locura es su tendencia a fundirse, a confundirse con el otro. La ausencia de límites es la falta, la gran falla que marca el contorno de la enfermedad. El loco, que está perdido en una contundente ausencia de fronteras, puede llegar a pensar que incluso Dios le pertenece porque en sus cuerpo se depositaron algunos átomos divinos. Como habitado por las esquiras de Dios, es propietario de la omnipotencia y así, no hay lugar que esté fuera de



su vista, ausente de su vida. En medio del delirio se hace parte de todas las catástrofes y recibe, con la certeza que le otorga su inconmensurable sabiduría, ciertas precisas iluminaciones. Y si Dios es amor, -ese Dios que es uno y múltiple, que es todas las cosas a la vez, cuyo ojo es un gran lente de aumento-, el amor de Dios se enclavará en el cuerpo del insano para mantener la plenitud y la potencia de la táctica amorosa. Con la cultura puesta cabeza abajo, el alienado reconvierte los signos para formar un universo propio en el que la realidad está ausente y presente a la vez, en donde la realidad del otro está ausente y presente.

Los asilados del hospital psiquiátrico del pueblo de Putaendo, ponen en movimiento la divinidad de su amor y buscan al otro bajo la forma de un ampliado paraje de ellos mismos. Entregados al amparo del Estado, escudados en la conveniencia erótica del asilo mixto, refugiados en el jadeo sexual amplificado por el sonido de una cama metálica, los alienados escogen al otro desde no se sabe cuál opción. Pero buscan al otro. Y en el encuentro construyen una escena que no puede sino ser paródica. Un símil extraviado, desbordado, confundido que parece ser la ilustración resonante de la afirmación del poeta francés Arthur Rimbaud: «Yo es un otro». Porque la gran pregunta que recorre a los cuerpos que habitan en el reclusorio psiquiátrico parece ser: «¿Quién soy?», pregunta que se torna crucial e insoslayable cuando el yo está en franco estado de interdicción.

Sin embargo, ¿no es esa acaso la pregunta propia de un enamorado?: «¿Quién soy yo cuando me he perdido en ti?». Pero, ¿en qué primer otro se perdieron para siempre los asilados del pueblo de Putaendo?, ¿cuándo se fundieron?, ¿cómo fue aquel tiempo en que se entramparon en la costumbre inseparable del otro?.

¿Se perdieron acaso en la locura del cuerpo de la madre?, ¿se entrelazaron sicóticos entre las rígidas órdenes del padre?. ¿O acaso se negaron a participar en la forma de un mundo que les pareció poco sensible?.

La pasión por el otro es una forma de confinamiento. Cuando estalla la pasión se rompen las cadenas de la responsabilidad. La primera ruptura es con el compromiso de la razón y se pone entonces en movimiento una simbología que cita a la muerte porque el simbolismo fatal que se desencadena es morir en el otro, llegar a reducirse a la muerte de sí para



atrapar y encarnarse en el nicho de una amada ajena presencia. El sujeto, expropiado de sí, dona su voluntad y se transforma en un jeroglífico, en un territorio cifrado pues se convierte en el síntoma de una agitada metáfora amorosa.

Los alienados del pueblo de Putaendo ya portan los signos de una fatalidad. Arrastran el drama primario, la tragedia irreversible de haber estrellado sus mentes contra un laberinto simbólico frente al cual se debilitaron letalmente sus defensas. Resultaron los vencidos, los devorados en su confrontación prematura e imaginaria con el otro. Con la derrota o la lesión que sufrió su primer ser, sólo arrastran ahora la memoria estigmatizada de un siamés partido por los contornos de un punzante e irregular espejo. Enviciados por la demanda de una necesidad imposible, transitan en medio de un mundo que se les ha vuelto incomprensible porque se negó a obedecer sus órdenes. Sus órdenes de amor.

Así el hospital del pueblo de Putaendo se levanta como el muro de contención de una fatalidad, para retener los impulsos de aquellos que se abrieron enteramente a un universo ininteligible, pues están enredados en un deseo del otro a la manera de una planta maligna, cuyo fin es el estrangulamiento. Los asilados son materialmente un otro, abiertos a camuflarse (a refugiarse) al interior de cualquier cuerpo, a adentrarse en cualquier mente, a habitar en el otro a cualquier costo.

Con la unidad trasgredida, se enfrentan al castigo que se designa ante tan extravagante modalidad y pagan su falta como residentes permanentes y obligados en el hospital público. Pero aún allí, especialmente porque están en ese espacio, es que continúan actuando la forma de la errancia en el otro... en el otro... en el otro. Están abiertos a un peregrinaje amoroso inacabable en el cual las parejas sólo pueden traspasarse en la dimensión de una inmaterialidad. Ellos se sostienen en estado insaciable, se rozan en medio de un hambre de amor que se vislumbra como interminable.

El manicomio acoge los efectos de una renuncia. Una renuncia tan contundente que hubo de ser clasificada como indeclinable. Con el yo abdicado, los alienados persiguen un sustituto de ellos mismos entre sus pares igualmente destronados. Porque sus pares forman parte de la misma cacería y por eso chocan y por el mismo motivo es que se transparentan. Esa transparencia oscura e indefinible de la sinrazón.



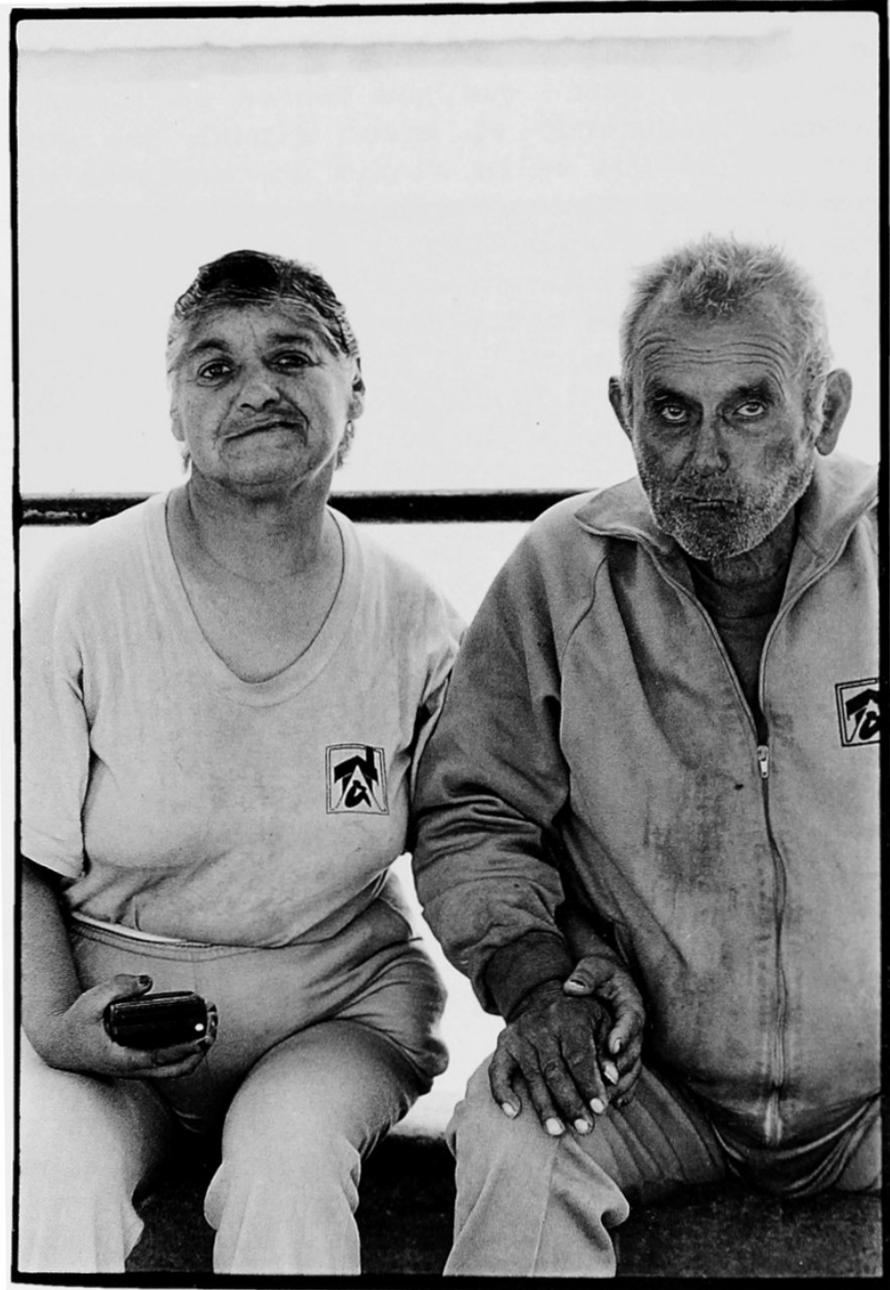
Y porque ellos no son, es que afrontan la pena de reclusión que rodea a sus cuerpos. Por esa falta de ser, la ausencia de sus nombres como responsabilidad civil. Por su adicción al otro, la privación de acceder a un mundo en el cual se deben acatar los reglamentos. Por la ira súbita, la camisa de fuerza. Por la ansiedad (del otro), la administración perpetua de fármacos.

Es que ellos quizás se acercaron tanto al sol -a la luz asesina del otro- que sus mentes se incendiaron. Se quemaron siguiendo el mismo ritual del suicidio estético con el que sella su fin una mariposa de luz. Se aproximaron de tal manera a la mirada incendiaria de Dios que cegaron su propia visión. Quedaron pues como los rebeldes militantes del movimiento anarquista de la pasión y fueron confinados ¿para siempre? a su propia desordenada orgánica. Sin más bien terrenal que el deseo que porta el cuerpo y, por ello, sin más bien que el propio deseante cuerpo, se negaron a cualquier negociación social como no fuera la vicisitud ilegal del asalto o la conmoción trágica de la derrota.

Y porque el otro no pudo ser aceptado más que como el signo siamés que delimitaba una tragedia, es que se volvieron ilegales. El hospital psiquiátrico del pueblo de Putaendo es el resultado del triunfo de la razón, de la economía de lo racional, cuyo empeño mayor es dilucidar los límites y especialmente los límites de la propiedad. Los asilados, ya expropiados, se entregan a la aventura del otro, a la fascinación enamorada ilimitada, desde las trincheras del encierro que les plantea la situación hospitalaria.

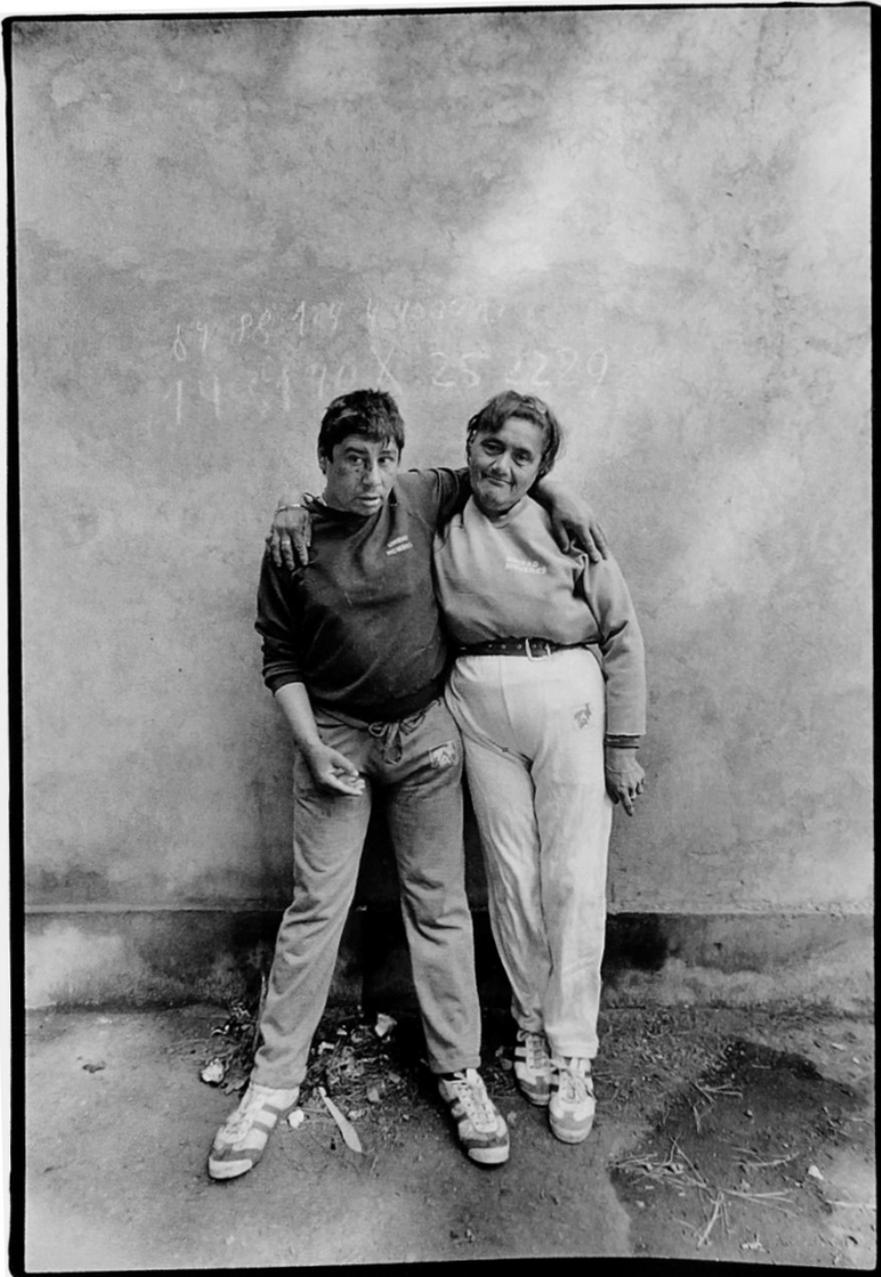
Sólo después de la condena que les inflingió la historia social, se les permitió la entrada en el amor. Como herejes o en extremo religiosos, a la manera platónica o excesivamente hedonista, señalados como apáticos o rebeldes sociales, los asilados en el manicomio del pueblo de Putaendo aman el amor a través del delirio del otro y cultivan el ritual de la muerte en una ascensión lírica. Cultivan su lirismo para mantener la última ausencia, la más alta renuncia como es la pérdida de ellos mismos.

La zona conflictiva de Dios hubo de habitarlos. Habrá pues que inclinarse ante sagrado que porta la encarnación del rito, que pone en movimiento el mito. Habrá que olvidarlos o pagar un tributo ante la conmovedora e irregular unión de estos sorprendentes sujetos siameses. Depositar una palabra otra e idéntica para los enamorados más ajenos e irreductibles de la tierra.



LA FALTA

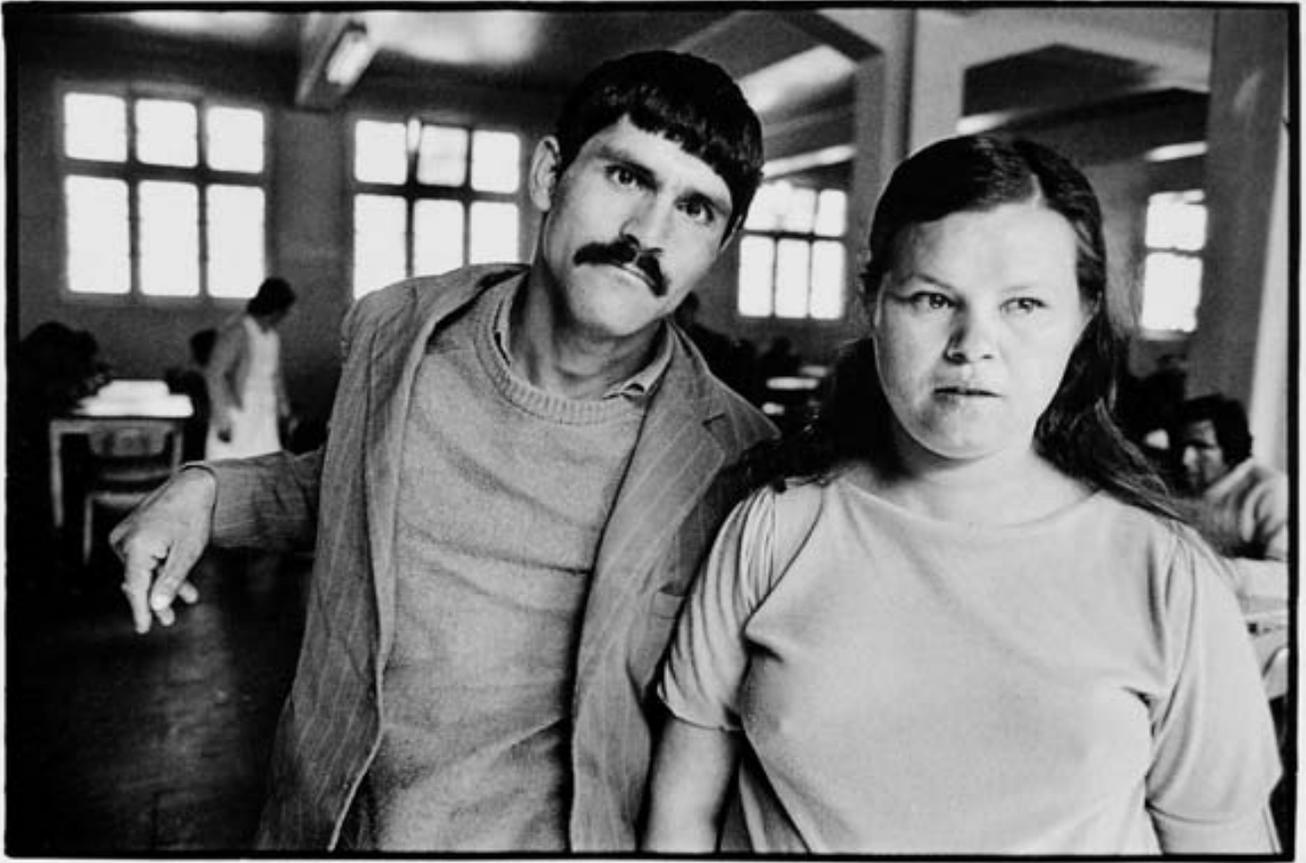
El hambre se cuelga de la punta de mi lengua.
Más de 100 días, 24 noches y el hambre crece y
se retuerce y gime como una mujer enfurecida.



EL INFARTO DEL ALMA

Te escribo:

La oscuridad es menos real que tu silencio. Dios terminó por fracasar y ahora la tierra debe recibir el despeñamiento de sus partes. Si no quieres



escuchar el lamento de Dios que se queja ante el dolor de su estallido, ¿por qué habrías de atender a mis inútiles palabras?. ¿Te ofendió acaso que afirmara que mi nombre era tu nombre y que tu corazón era idéntico al mío?. Fue una comparación desafortunada. Sabrás que una sombra se ha depositado en la frontera de mi ojo, cierta palpitación azarosa se prende a uno de mis músculos. No vienes. No estás para liberar mis sufrimientos. Pero la verdad es que emprendiste una salida vana. Escucha mi noticia; logré retenerte antes de tu huida. Sabrás que tengo a una parte importante de ti mismo. Entiende que yo tengo una parte importante de ti mismo. Ya no hay celos. ¿Te acuerdas de la extremosa, de la insidiosa acometida de los celos?. ¿Observaste acaso cómo se desencadenó la crueldad de la última tempestad?, dime, ¿cómo no entendiste que era una exacta réplica de mi estado?. Ah, la tormenta fue mi emisaria más leal. Ya no hay celos. Es que entonces no sabía, es que aún no había logrado el éxtasis del rapto. Te tengo. Te temo en mí. Tu perfección. Ah, huyes dentro de mí e intentas abandonarme, ¿te sientes como si estuvieses prisionero?. No saldrás. Hoy Dios se cae a pedazos ante el espanto de sus feligreses. Y yo en cambio te tengo enteramente. No sufro, me extasio todo el tiempo. La noche es menos muda que el silencio que escogiste. Hablas en mí. No sabes el desvelo que me provocó elegir el exacto tono de tu voz. Jamás podría corregir tus hábitos, incurren en un sacrilegio los que dicen que enloquezco de celos. Pero ahora tengo a parte de ti y la vigilo a todas horas. No te vas. Detuve el curso de tu mirada en un punto extrañamente fijo. Quedaste mirando fijamente el horizonte. No moriremos. Antes de la consagración del rapto puede que haya pensado en los artificios de la muerte. Pensé que sólo la muerte. Hoy la vida se ofrece con avidez ante mi vista. Dios ha perdido fugazmente su tenaza. Imagínate la ira de un Dios manco. ¿Por qué hube de conocerte desolada?. Peregrinas por mi desolación y la recorres. Verás. Nada me hiere. Dijiste que mi amor te despedazaría. Estás en mí. Es verídico, el crimen podría producirse en cualquier instante. No sé si es la virtud de la juventud o el vicio que acecha a esta prematura vejez. Lo único que pido es que vigiles al Dios manco cayendo de rodillas.



EL SUEÑO IMPOSIBLE

Soñé que yo tenía una guagüita, que yo había encontrado una guagüita recién nacida y esperaba que el José viniera. Yo decía: «Mira José la guagüita que encontré». El me decía: «Yo soy el padre y tú la madre». Y entonces aparecía mi madre y me decía: «Por qué estái con ese hombre y con esa guagua en los brazos?». Yo le decía: «Usted camina para allá y yo camino aquí y los que tienen que mandar son los de aquí. Usted váyase pa fuera». Y mi madre me decía: «Pa qué me tiene tanto odio?, ¿qué no es mi hija?, ahora nadie me quiere».

«Y usted señora, ¿por qué botó a su hija a la calle?. Su hija no la quiere. Ella se casó, tuvo su guagua y ahora está aquí con su maridó». Y en una casa más allá me tenía una casa el médico. Y me decía el médico: «Esta casa va a ser pa usted sola con su marido y va tener ahí su guagüita y va a estar tranquila». Y yo le decía: «Gracias papito-doctor, ¿aquí va a ser mi casa?». «Sí, aquí mismo. Esta va a ser su casa propia y no se va a salir pa fuera». Y me regalaba de todo, todo para la casa y que yo estaba contenta.

Y después el mismo médico me lleva a mí y al José con la guagüita a una iglesia y que me pasaba a mí como si yo fuera esposa de él y él mi esposo y la guagüita como un hijo pa mí e hijo pa él. Y un personal se hacía como comadre pa mí y todos hacíamos una fiesta y estábamos contentos y alegres. Y yo contenta con mi guagüita. Y yo le decía a mi hermana: «Olguita vámonos pa allá, pa mi casa y allá va a tener usted todas sus cosas». Y me decía: «Ya mamita-Juana». Y quedábamos todos contentos. Y en eso aparecía mi mamita, la mamita de ella y entonces yo le decía: «Aquí está su hija y la casa, mire a mi guagua, mire a mi esposo». Ella decía: «Ah, ¿y que no se iba a casar con mi hijo?. Ahora se casó con otro y entonces los felicito». Y me traía varias cosas de regalo, pa él, pa mí, y quedábamos todos contentos en la casa.

(Un sueño de Juana, pareja de José. Grabado por Paz Errázuriz en Enero de 1990)



JUANA LA LOCA

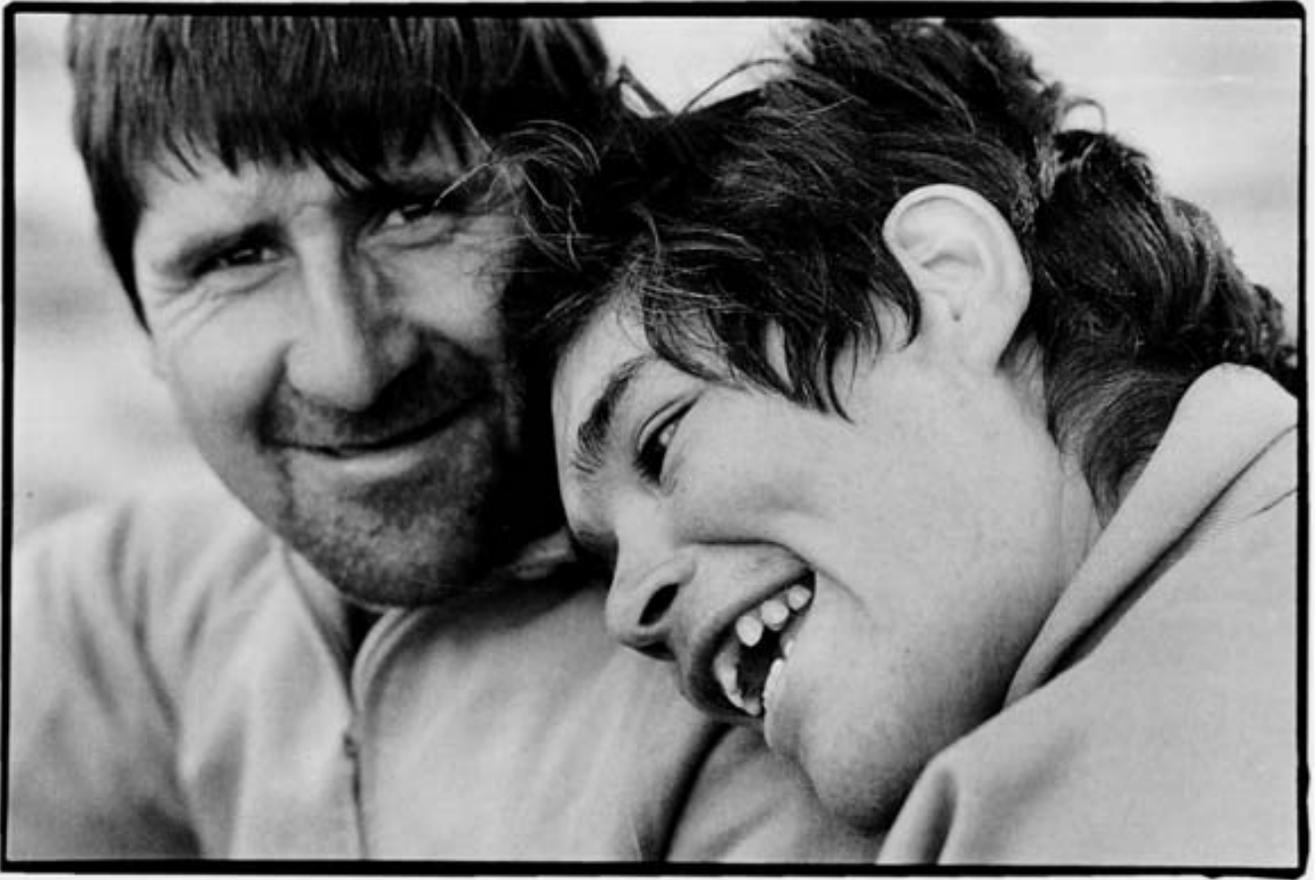
Juana está sentada atrás, cerca de los naranjales. Sola. Tiene con ella sus bultos. No ha comido pues prefiere tomar un mate. Le hace falta una bombilla. Sus amigos están castigados, su hombre está castigado en algún lugar del hospital. Juana es, quizás, la única rebelde visible del edificio público. Juana, tal vez, no está loca. Es posible que Juana llegara con su padre al hospicio de la ciudad de Valparaíso cuando era una niña o cuando apenas era una adolescente. Muy probablemente, cuando su padre murió en el hospicio, ella permaneció y luego fue dando tumbos de hospital en hospital, de ciudad en ciudad, hasta llegar al manicomio del pueblo de Putaendo. Y allí se fue quedando y quedando para cumplir con el destino paterno. Juana, que quizás no esté loca, no puede salir ya al exterior. Alguien podría suponer que cayó derribada por un procedimiento administrativo que terminó por invalidarla y aún si se corrigiera el malentendido, ella jamás se adaptaría al afuera. Sólo conserva la marca de su rebeldía. Juana es ahora nada más que una figura emblemática, el gesto de una insurrección secreta. Como la otra Juana, la antigua reina española, tiene a su rey. Pero José está castigado. Si José muere, ¿qué viaje enamorado y de protesta emprendería Juana por el hospital arrastrando el cadáver insepulto?

Pero tal vez Juana esté loca. Quizás su padre y ella enloquecieron de indigencia juntos. Lo que se puede asegurar es que si en este mismo instante se abrieran para ella las puertas del hospital y le pidieran que saliera, Juana no lo haría. Su lucha es por permanecer en el manicomio, por sobrevivir allí. Se trata de un cuerpo político. Juana está sentada atrás, cerca de los naranjales. Sola. Tiene con ella sus bultos. Ella pervive porque se mantiene aparte. Evade el castigo. Resiste. Todavía no se ha entregado a la sumisión.



LA FALTA

Las horas suman 35 días, 200 noches.
Ya no sé cuál esperanza sostiene a mi cuerpo
en medio del hambre, del hambre, del hambre.
Ah, otro minuto. 100 noches, 400 días.



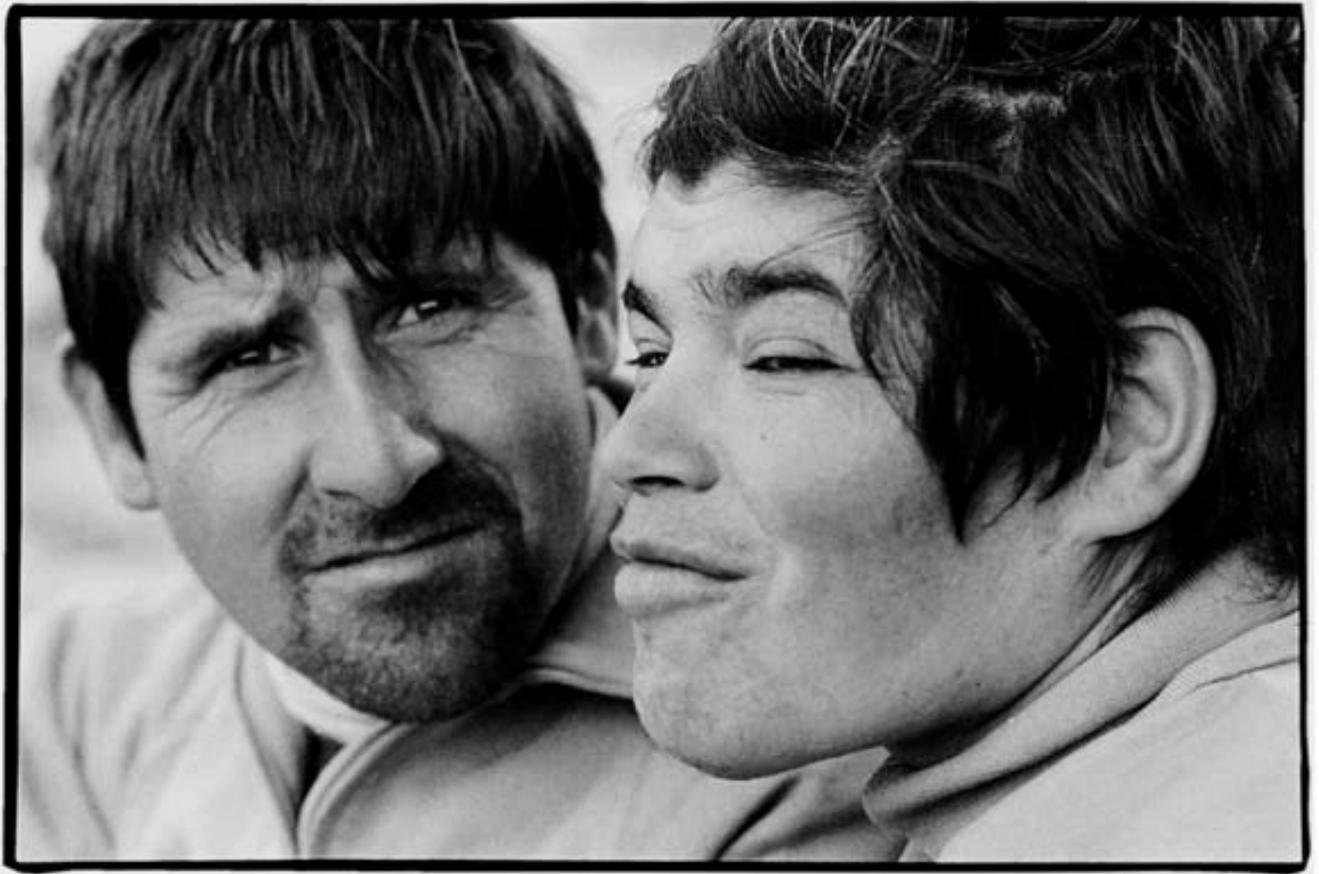
EL AMOR A LA ENFERMEDAD

Si pensamos que una de las formas que entorna al romanticismo es la enfermedad que lo caracteriza, ese mal irreconciliable que pone en movimiento la languidez del cuerpo del siglo diecinueve, de las figuras trémulas de los primeros años del siglo veinte. Cuerpos asolados por la sangre, convulsionados por la tos. Toda una figura tísica que ordena un rostro modélicamente pálido, un rostro que debe emprender cada cierto tiempo el viaje inevitable hacia el sanatorio para buscar el sol, para encontrar en la naturaleza, de cara a la luz, una posible humana forma de respirar. Un cuerpo cuyas tinieblas son sus propios pulmones convertidos en una miseria, con la sangre disparada saliendo por boca y nariz. Tosiendo siempre. Si imaginamos que ese cuerpo tuberculoso es el propietario de un modelo amoroso, un modelo que habita en la urgencia porque el tiempo se estremece afiebrado, abriendo agujeros internos y rojizos que anuncian un siempre prematuro abandono. El amor cae sobre la tuberculosis con la avidez del rapaz sobre el dinero para construir una inestimable economía afectiva centrada en la intensidad. Esa profunda intensidad entrelazada sabiamente con el sufrimiento para instaurar la incertidumbre de la causa de muerte. Desde el romanticismo habrá muertos por amor, enfermos graves de amor. Soma y siquis/ sentimiento y herida. Con los pulmones asomándose por la boca y en esa boca las palabras más dulces, más extremas como son aquellas interrumpidas por la sangre, cortadas por la tos.

Toso y te extraño.

Mi pañuelo con sangre. Ah, si te llevara conmigo hasta el otro mundo, así, aferrado como mi mano a este pañuelo de hilo.

Estoy agotada de tanto pensarte. Ensueño un paisaje nocturno y tú llegando para recoger mi cuerpo que se ha curvado por tanto



esfuerzo, la fiebre.

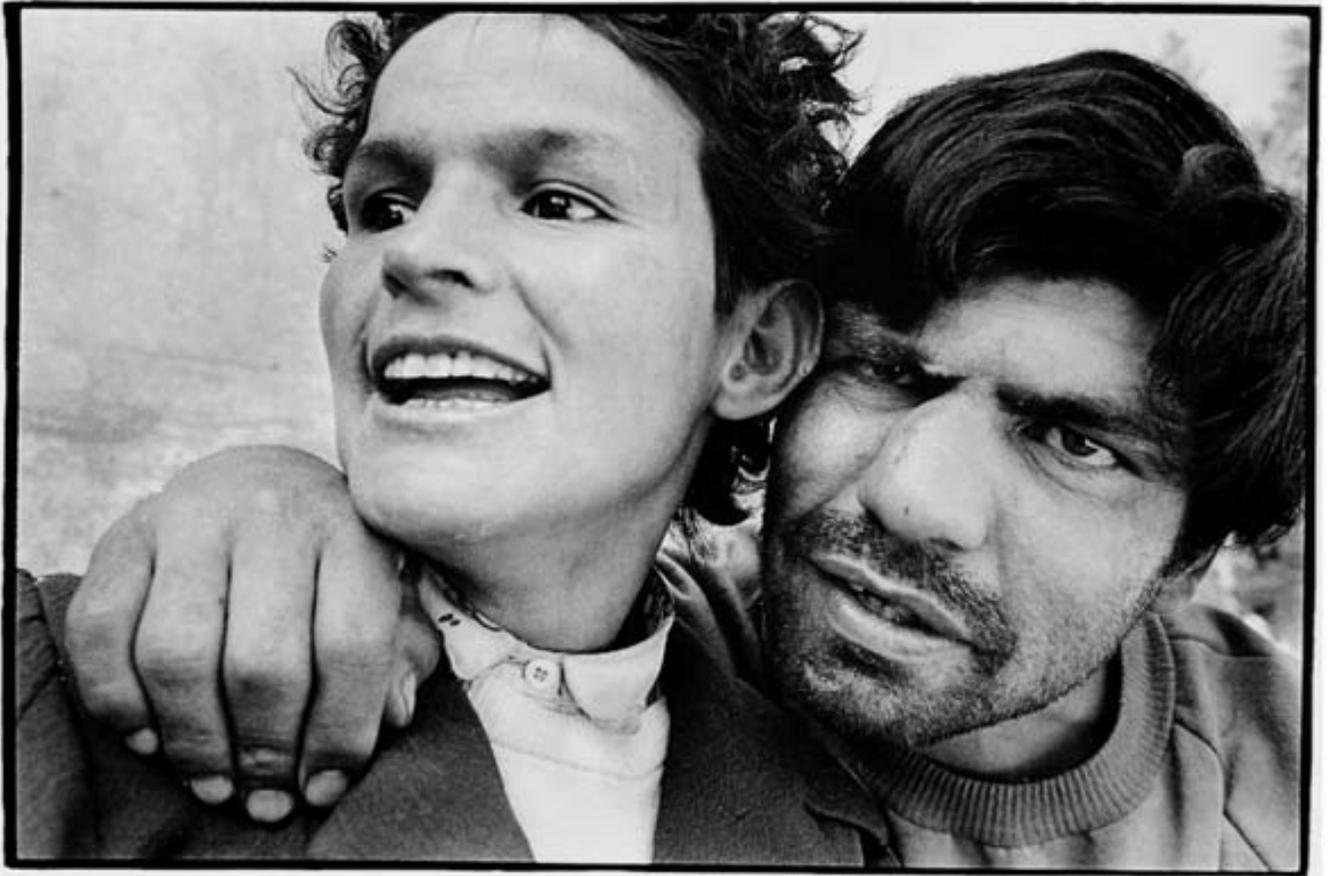
He tosido toda la noche y al amanecer mi frágil blanca camisa de seda mostraba unas manchas impías.

Mi propia palidez me sobrecoge. Estoy tan pálida. Tan pálida.

Porque parece evidente que la tuberculosis es la figura más nítida, la más entrañable de movimiento romántico, en donde la perfección de una erótica se liga armoniosamente a la muerte dejando la estela de un clímax ejemplar. Amor y muerte/ cuerpo y destrucción/ palabras y sangre. La enfermedad se extiende atravesando fronteras en un contagio oscuro, haciendo de la noche la imagen magnífica de la agonía amorosa, actuando el crimen autofágico que porta la inestable e impura naturaleza del cuerpo. La pasión es perfeccionada en la enfermedad, su diseminación social se promueve a través del contagio. Habrá pues una sociedad contagiada por los sentidos románticos, sentidos condensados en los sanatorios que, a la manera de los santuarios o los templos, propician una purificación corporal sólo posible bajo la forma del confinamiento.

El cuerpo deseado por el romanticismo es aquel que se hunde en un derrumbe plácido, que se sumerge en un ocio obligatorio para abrir todo el campo a los más letales sentimientos amorosos. Cuerpos sólo pensantes, deseantes, improductivos para todo otro hacer como no sea la escena única de su desgarró corporal, de su conversión ascendente y mística en el amor. Cuerpos de ocio, planicies sociales, toda una fragilidad apresurada donada para el diseño de una estética que se funda en el desmayo, en la blancura facial recortada contra la oscuridad de la noche. El romanticismo se presenta como la gran aventura de la pérdida masiva y, en medio de la pérdida, el triunfo del sanatorio que captura uno a uno los cuerpos románticos para exponerlos al sol y resarcir allí a los pulmones congelados, impedidos de ejecutar el menor esfuerzo.

El cuerpo romántico es pues la contrapartida del pujante y contestatario cuerpo asalariado, cuya mejor garantía es la excelencia de sus pulmones, el vigor de su faz, el olvido de toda erótica como no sea la erótica del trabajo. El cuerpo romántico es el gran



contorno poético requerido por la sociedad del diecinueve y de la primera mitad del siglo veinte, para ocultar a los otros cuerpos, aquellos entregados a la furia del día, al incierto salario de los impagos minutos. El cuerpo romántico es pues el sueño de amor imposible de los cuerpos de las clases trabajadoras, su excedente más inorgánico, su lujo máspreciado.

El sanatorio, figura elegante de los espacios de exclusión y de reclusión, se levanta contra el hospicio, lugar de bastardía del flagelo enfermo de la pobreza. En cambio, en el cuerpo romántico, la única categoría posible es el estatuto de su enfermedad que atraviesa clases y derriba economías, pues su gran inversión es la palidez que da sentido al despilfarro sentimental, en el interior de una época que quiere huir del rigor industrial y tecnológico de su propio tiempo.

El sanatorio pulmonar se erige como una arquitectura social que busca alimentar la enfermedad con bocados especiales, con punciones constantes, de cara siempre al sol, en parajes que dan sosiego al ojo que lo habita. Y esa arquitectura social habla del amor a la enfermedad, porque la enfermedad sintetiza los sentimientos más apreciados de cualquier comunidad humana pues la espera de la muerte se da en un tiempo casi congelado cuya única zozobra es su completa aguda pasividad.

En la tuberculosis observa el romanticismo todos los signos de la materia corporal; el paisaje del cuerpo que declina estéticamente su esplendor. La poderosa naturaleza corporal lo domina todo en una agonía presagiada por sus afectados síntomas que dictaminan una moda, un modelo, una posición social privilegiada. Este enfermo adquiere el estatuto de lo sagrado, la leyenda que ocasiona el rito de morir levemente, finamente, con estilo. Muerte dorada/ mal trágico. La tuberculosis restituye el tono trágico a la costumbre de morir, porque repone una épica amorosa, cuando los enamorados establecen el viaje hacia el sanatorio como un irreversible viaje hacia la muerte. La categoría del héroe la ocupa ahora el enfermo que viaja atravesando ciudades, sorteando los obstáculos que le presenta su particular ahogo, su notoria anemia, el desasosiego de su constante febrilidad, respondiendo al llamado del clásico oráculo de su tiempo.

Conozco este paisaje casi tanto como a tu rostro, este entreverado



paisaje que alcanzo a ver desde el hueco de mi ventana.

Mi cuerpo irá a la tierra menos agitado que mis manos a tu cuerpo.

No puedo dejar de respirar. Dijiste que morirías conmigo si se interrumpía mi respiración. Ah, aun así obligada a viajar en estas condiciones.

Verás que habrá un mañana, un mañana, un mañana. La noche me parece funeraria.

El fin de la tuberculosis, como mal colectivo, marca el término de un estilo amoroso. La muerte tornará a recuperar su correlato perverso, volverá a ser una acción avergonzante. Los sentidos se enclavarán a una forma matérica o aletargadamente familiar, las ofensas de los amantes serán perdonadas con el desdén público, el romanticismo caerá de bruces por su vocación ociosa y fatalista. La única depredación posible será aquella efectuada sobre los cuerpos sanos, el único capital estará depositado a ras de tierra, la enfermedad será nuevamente el estigma y el desecho. El amor será desde ese momento contradictorio con la enfermedad. Hoy, la vacunación masiva contra la tuberculosis, aparece como una débil memoria inoculada de un ya antiguo cuerpo apasionado. La ciencia médica presenta su triunfo. Y su triunfo radica en que los cuerpos cumplan con un mero trámite que los inmunice (los proteja de ese amor pernicioso). Después de más de un siglo de palidez la vacuna borra la incertidumbre. El día se fija como una simple medida para el tiempo de trabajo, la noche como el descanso que deja entrever algunos sueños antiguos de insurrección. El amor se consume en ensayos efímeros que no consiguen cautivar un modelo, pues su oferta es notoriamente vulgar como mediocres son los contratos públicos, las transgresiones siempre privadas. Con el desprendimiento del cuerpo tuberculoso del escenario social, adviene un insaciable apego al cuerpo productivo, a los sentimientos regulados, al completo sedentarismo del deseo.

En las últimas convulsiones de la enfermedad, en los años cuarenta del siglo veinte, cuando el final de la epidemia ya estaba determinada por el saber médico, se construyó el hospital en el pueblo de Putaendo para



que los tuberculosos encontraran allí el destino de su mal. Al borde de la cordillera, (donde los senderos se estrechan, donde el límite geográfico se torna decisivo), los tuberculosos hubieron de concluir una peregrinación romántica y chilena para apaciguar entre el paisaje montañoso sus violentos accesos febriles, el desgaste que produce una tos incesante. En ese tiempo, el Estado pagó un último tributo a la enfermedad cuando construyó un tardío monolito al ya agónico romanticismo para depositar allí a sus últimos enfermos del siglo.

El Estado, en un gesto que puede parecer fallido, llegó con atraso para gestionar una escena ya muy escrita por la literatura del sueño y de la noche. ¿Qué viaje fue el de esos enfermos a través de la niebla?. ¿En qué estadio de los cuerpos se cerró el sanatorio del pueblo de Putaendo?. ¿Cuál marca?, ¿qué hilo de sangre continuó la tragedia?.

Es posible suponer que el sanatorio del pueblo de Putaendo actuara sólo como un espacio intermedio para producir el recambio de cuerpos bajo la tutela del Estado. Una maniobra fiscal para alcanzar la propiedad sobre los otros cuerpos ya del todo públicos por su falla mayor ante el salario, por su indigencia ante el consumo.

El sanatorio cambió de signo con la violencia de cualquier guerra territorial. De sanatorio en manicomio. La indigencia pulmonar fue sustituida por la inopia mental, la alimentación especial por la especialización de los fármacos, el libertario romántico ensueño amoroso por la camisa de fuerza ante este prohibido, ininteligible delirio. De sanatorio en manicomio; sitio definitivo de clausura, hospital maldito, impuesto y terror de las mentes trabajadoras. El hospital psiquiátrico del pueblo de Putaendo se entregó abiertamente a su propia naturaleza para determinar allí el tratamiento físico y moral sobre los pensamientos desvariantes, pero, mentes desquiciadas ocupadas por cuerpos sanos, cuyo gesto más elocuente era el delirio como síntoma maligno de una improductividad. El Estado no se rindió ante la seducción de estos cuerpos y les impuso toda su reglamentada naturaleza hospitalaria, en medio de un paisaje que les ofrecía ahora no la magnitud ni la prolongación espaciada de sus cuerpos, sino una profunda y definitiva soledad. La nueva faz del hospital estigmatizó al pueblo de Putaendo pues lo dispuso de manera extensa para el control de la



locura, cuando sus habitantes provincianos encontraron en el recinto el salario que les correspondía como custodios de la inefable enfermedad. La hábitos del pueblo fueron reformados en aras de los recién llegados cuerpos populares, segregados por la tenaz obstinación de la locura. Putaendo se convirtió enteramente en un signo de patología social.

Mientras que la tuberculosis pactó solidariamente con su tiempo porque entregó un haz de sentidos al otorgar un decorado anexo al tradicional acto de morir, la locura se tornó responsable de su particular miseria mental y, de esa manera, el manicomio del pueblo de Putaendo hubo de recibir, en los años sesenta, a los más empecinados casos clínicos, aquellos en los que se había perdido ya toda voluntad de razonar. El pueblo recibió a un masivo contingente de desertores sociales que habían emprendido una feroz huida de sus condicionantes familiares, que habían manifestado su disconformidad con el reloj de la industria, que habían demostrado su descontento con la escuela. Desertores, prófugos de las leyes de la razón, enfermos irreversibles ante las órdenes que les imponía su pobreza, el cuerpo indigente y loco, llegó a eximir al cuerpo tuberculoso de todas sus finas y decaídas obligaciones.

Putaendo, lugar de encuentro de dos formas sociales en las que se establece el naufragio del sujeto; lo físico y lo mental, espacio de confrontación de dos miradas colectivas divergentes: una mirada teñida de condescendencia inducida por la simbología amorosa, la otra, inflexible ante el delito de la no pertenencia. Pero, si cualquier espacio habla de una comunidad y organiza una memoria; ¿qué forma común?, ¿cuál memoria común podría llegar a establecerse entre los antiguos tuberculosos y los presentes cuerpos locos?. Hablar sólo del nexo de la enfermedad es reducir una especulación sobre la geología del lugar. La enfermedad es, desde luego, el eje más evidente, un dictamen médico visible que los une. Pero, si siempre se vuelve a la escena primaria del crimen, si el crimen sigue perpetuándose, si los signos reaparecen camuflados porque se niegan a morir, ¿qué lugar común reaparece en el hospital de siquiátrico del pueblo de Putaendo?:

El amor.

Reaparece el amor en las siluetas menos esperadas, menos refinadas por el actual deseo de la cultura, abriéndose paso a través de la pasividad de los



fármacos; todo ese amor parapetado en la nebulosa descompaginada de las mentes. Porque los pacientes enamorados en el interior del hospital psiquiátrico del pueblo de Putaendo, continúan secretamente el legado de los cuerpos tuberculosos en una tradición trabada y como un mero gesto modélico de su pasado. Ellos realizan el rito amoroso, amando al otro con la misma intensidad que tiene el grado de su enfermedad. Lo aman con la desazón que provoca la profunda pérdida de las garantías civiles, arruinando el llamado familiar de la prolongación de la especie. Un amor que es únicamente gasto y desgaste afectivo y por ello el despilfarro puro. Ellos aman sólo por la necesidad atávica de amar.

Encerrados ¿para siempre? en el manicomio del pueblo de Putaendo, los alienados del lugar retoman el punto de partida del hospital y levantan un escenario desviadamente romántico en el que jamás ocurrirá una carta de amor, en el que no quedará un relato que atestigüe su dramatismo, en donde jamás la fama amorosa los volverá leyenda dentro del imaginario social. Pero, a pesar del terrible anonimato que los cerca, ocurre ampliamente el amor en ese espacio estatal del todo esquivo para los sentimientos. Entre la hostilidad de las camas metálicas, a través de las ventanas, en las esquinas de los pabellones, los cuerpos emprenden el acercamiento para deslumbrarse en el otro, la otra que actuará el protagonismo en las horas ociosas de sus múltiples recortados sueños.

Enloquecí únicamente por ti. Pienso que me volví loca de un día para otro.

Aunque parezca imposible te hablo. Hablo contigo a todas horas y aún no logro dar con las palabras que te mereces.

Te dije: «Si me dejas me volveré loca». Nadie quiso creerme, nadie puede aceptarlo todavía.

Estás sobre mi padre, sobre mi madre. Has sobrepasado con largueza a mis hermanos. Ah, pero yo...

Si fuera posible aceptar que el advenimiento del amor en el romanticismo es siempre un estado alucinado que se aproxima peligrosamente al delirio, la literalidad



más cercana de los cuerpos locos es pues el amor. Es el amor y el peligro. Con la metáfora amorosa adherida materialmente a sus cuerpos, los asilados del pueblo de Putaendo sufren el encierro sentimental de sus conductas y enmarcados entre las paredes o en el reducido intersticio de un violento ataque de furor, buscan disminuir su mal al perderse en otra cara que les reafirma, pese a todo, su profunda humanidad. Ellos encuentran en la pareja la única forma de establecer una alianza cuando el tiempo del naufragio ya se ha manifestado, cuando sus nombres ciudadanos han sido borrados de la faz de la tierra.

Cualquier mal es menor que el mal de amor. La parodia amorosa se reitera entre los asilados como un espectáculo íntimo cuya única utilidad es contradecir su diagnosticada enfermedad. La constante aptitud amorosa parece heredada por la enfermedad ya fantasmal de sus antecesores. Entre la tuberculosis y la locura se levanta un puente sólido. El ceremonial amoroso que tanto halagó al siglo diecinueve, a los primeros años del siglo veinte, pervive hoy como un debilitado archivo en los sujetos más olvidados, más confinados por la cultura. Sobrevive como memoria enclavada en los cuerpos interdictos que buscan de manera histórica en el otro su escaso y fundamental lugar cuando se ha trizado en ellos incluso su condición de sujetos.

El amor reaparece en el hospital del pueblo de Putaendo apenas como una cita tercermundista de un modelo ya cesado. Resurge entre los cuerpos que transportan las más ásperas huellas carnales de su desamparo social. Revoltosos, ágrafos, confinados, los pacientes del hospital atrapan y birlan el mito depositado en el lugar, para poner en movimiento la poderosa máquina amorosa, con la certeza de apelar a un modelo ya irreconciliable porque está anclado únicamente en la imposibilidad, un modelo que está aferrado a las ruinas de una arquitectura dada de baja por el consenso que produce el amplio acuerdo de todos los diversos tiempos.

Pero obstinadamente reaparece.

Entonces, hablemos pues del amor:

Me enamoro. Me arriesgo a perder mi calidad ciudadana.

Ah, un día tú y yo habremos de llegar como enfermos hasta el gran cementerio del amor. Las montañas serán las carceleras.



EL INFARTO DEL ALMA

Te escribo:

Cuando se avecina la geometría del alba me desarma la tenaz codicia del deseo. Mi deseo ya ha alcanzado lo infinito. Prometí morir antes de que expire mi deseo. Adivino una funesta cabalgata con los jinetes aferrados a sus montas, unguados por la prisa de llegar hasta los signos de la muerte. Mi calavera suspira y cruje todo el tiempo. Mi calavera se purifica cada vez que progresa un nuevo invierno. ¿Te hirió acaso mi sediento corazón?. Ya no caminaremos, no habremos de cruzar jamás una pradera. Contigo se extinguió mi destino y me quedó la carga de este absoluto deseo. Mi esqueleto gruñe tercamente clamando por la ausencia de tus huesos. Mi calavera amenaza con cerrar sus orificios. Qué puedo hacer si ya he perdido todo mi ascendiente sobre ella. Mi esqueleto también hoy se muestra crecientemente rebelde y se niega a toda penitencia. Después de tu partida nunca resplandecerá la armonía que una vez me hizo humana. Ah, la noche y sus crueles imágenes. Seré la victimada por mi propio deseo y él después de abandonar mi cadáver huirá a continuar solitario su acecho. Ah, la noche me parece inconexa. No hubo entre nosotros una ceremonia, no existe un sólo documento público que pruebe que, al menos, un día tú y yo nos conocimos. Pero nos conocimos y fue mi corazón el que terminó por lastimarte. Mi corazón, que ya estaba fatigado, después de tu partida se postró enteramente. Si consiguiera verte más allá de mis sueños quizás se rompería el desacuerdo entre mi esqueleto y mi carne. Pero no. Ya me he roto para siempre. Mi corazón, mi esqueleto y mi carne han tomado diferentes senderos. El alba ha venido a amenazarme. ¿Qué castigo podría sobrepasar a tu ausencia?. Despierto ahora de un sueño en el que hube de verte. En mi sueño intentaba entrar entre tus brazos y tú te retorcías como si fueras atacado por una serpiente. Ni en mis sueños ya, ni siquiera en mis sueños. Sufro de calor y luego de escalofríos. Las pestes más arcaicas rondan a mi organismo. Percibo cómo mi cuerpo se vuelve extrañamente medieval. ¿Llegarán hasta la pira fúnebre mis restos?. Me abandonaste como si fuera una antigua apestada. La fiebre negra me inunda de un modo funerario. Sólo mi deseo puede compadecerse. Traga mi corazón, el alba llega. De arte será hoy mi deslumbrante deseo. Qué maravilla. ¿Piensas que alguien podría acaso incendiar verbalmente la tierra?.



LA FALTA

El hambre estaba allí, antes de mi nacimiento.
Mis camaradas sufren 1000 días, 525 noches.
Malhaya vida. El cuerpo, el alma, hambreados.



EL INFARTO DEL ALMA

Escribo:

Nada deseo más que a mi propio deseo. Qué extraordinaria la conversión compasiva de Dios. Un animal exhausto se arrastra en celo hacia la profundidad de su madriguera. El último satélite intenta inútilmente medir el diámetro de expansión de la tierra. Mi amado trastabilla en la taberna clandestina sostenido por una muchacha robusta. Mi amado está muy pálido, muy tosco, demasiado ebrio, arrobado por el desafío que le presenta la cadera. Besaré mi propia boca fugazmente apenas se produzca la primera distracción en la noche. Besaré mi boca y untaré de saliva mi espectacular dedo índice. Tan costosa la vida, pareciera que únicamente el acto de morir fuera gratuito. Mi amado se emborracha y se emborracha en la taberna clandestina. Los banqueros se ríen ante la desesperación del préstamo. Mi amado nunca me regaló un vestido de seda. El satélite cae locamente a la tierra y quema la cabeza de su padre científico. Cuánto habremos de avergonzarnos por su



espantoso fracaso. Deberé besarme, morderme la boca en cuanto se descuide la noche. Mi amado besa a una mujer opulenta. Mi amado se emborracha, pero qué importa si al fin mi amado siempre ha estado ebrio. Los adinerados habitan lejos de mi casa en un impresionante mundo cúbico y guardan en un tallado frasco de cristal sus monedas de plata. Se ven bellos detrás de los cristales de armiño. Pero el torso de mi amado es mil veces más apuesto. Y su mirada negra (los ojos negros de mi amado se han convertido ya en una leyenda) ahora está puesta en una mujer que le ofrece su cadera y su ombligo. Yo deberé hacer muy pronto una acuciosa cuenta de mis células para atraer mi boca hasta mi boca. Un coro de niños mendicantes canta una melodía en un rincón de la avenida. Mi amado baila en la taberna. El animal en celo cae en la profundidad de un pozo. La embriaguez de mi amado es capaz de bailar toda la noche abrazada a una mujer robusta. Mi amado ha dicho que vivir un siglo es una absoluta miseria. Que el fuego, dijo, que una lágrima. Me habló un día completo inclinado sobre mi regazo en una habitación que olía a sándalo. Debo cuidar a mi dedo más pequeño para que no resulte el humillado. El banquero y su socio se precipitan a elevar los intereses mirando fijamente la capacidad de la bóveda. Mi amado piensa que los siglos se encadenan como un obsesivo y decrepito vampiro. Sufro de asma y mis bronquios me destrozan. Pero quiero a mis bronquios y a mi asma como si formaran parte de mí misma. Hube de abrir la vena de uno de mis brazos con mis propios dientes pues sentía la sangre maltratada. Mi amado procede a abrazar a la mujer sinuosa en la taberna clandestina. Está tan ebrio, tan cansado mi amado. Un guardia ejecuta una considerable ronda nocturna en busca de culpables. El sabio informa que tarde o temprano aparecerá una nueva estrella que pondrá en crisis la estabilidad del firmamento. Mi amado se retrasará en esta noche. Yo espero que mi mano olvide la costumbre de crisparse. Quizás pueda besar mi boca antes de que llegue mi amado. Los banqueros se unen en una cofradía para comprar el último tercio de la tierra. Vivo muy lejos, muy apartada de los inversionistas. El animal en celo agoniza de manera salvaje en el fondo del pozo. A mis amigos les fue negado el pan, se les escurre el agua de los labios. Mis amigos aunque no son puros experimentan siempre la pureza. Mi amado se va quedando y quedando en la taberna. ¡Ah, mi amado tan ebrio, tan cansado mi amado!.

© Diamela Eltit - Paz Errázuriz
© Francisco Zegers Editor
2ª edición

Francisco Zegers Editor y Cía Ltda.
Silvina Hurtado 1815
Providencia
Inscripción N° 90.193
ISBN 956-7262-07 X
Diseño, Francisco Zegers

Impreso por Atenea
Impresores. Condell 818
Providencia, Santiago de
Chile
1999

